

## *EL SOCIALISTA VERSUS EL DEBATE* (ENERO-SEPTIEMBRE 1933)

POR

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

*Historiador y escritor*

### RESUMEN

La lectura de *El Socialista* y de *El Debate* permite conocer mejor y interpretar las posiciones de la izquierda y de la derecha, del socialismo y del catolicismo político, entre enero y septiembre de 1933. Esos meses, se produce el acenso del fascismo y del nazismo y un giro en la estrategia de la izquierda. La posición de la Santa Sede ante el Gobierno de México, reforzó la opción legalista de los católicos que dieron su sufragio a la CEDA.

La línea de cada uno de los dos diarios, la confrontación entre ellos, enmarca y da fondo al bloque de los trabajos legislativos, a la solución de la crisis de junio, con la salida del Partido Radical, a la dimisión de Manuel Azaña en septiembre y a la convocatoria de elecciones legislativas, que dan paso a una nueva situación política.

**PALABRAS CLAVE:** Socialismo, PSOE, UGT, Catolicismo político, CEDA, *El Socialista*, *El Debate*, catolicismo político, clericalismo-anticlericalismo, Iglesia, Santa Sede, Acción Católica.

## *EL SOCIALISTA VERSUS EL DEBATE* (FROM JANUARY TO SEPTEMBER 1933)

### ABSTRACT

The author analyzes the first nine months of 1933 breakthrough year, and leave the judgment to the reader, the opinions and attitudes of two principal Spanish media-The Debate-Socialist and service, respectively, of the PSOE and the CEDA, concerning the Left and the Right, Socialism and political Catholicism, Fascism and Nazism, the socialist revolution, which is prepared in Spain, Orders and religious Congregations, whose law is discussed in Parliament, the «eternal issues» of the Spanish anticlericalism-antieclesialism: God, Jesus, the Church, the Pope, the bishops, clergy, Catholics...

KEY WORDS: Socialism, Socialist Party, political Catholicism, clericalism, anti-clericalism, Fascism, God, Jesus, Church, clergy.

Recibido/Received 25-03-2013

Aceptado/Accepted 31-05-2013

Este trabajo analiza la línea, opiniones y actitudes, de dos de los más importantes medios informativos españoles, *El Socialista* y *El Debate*, desde enero a septiembre. El primero el órgano del PSOE. El segundo apoyaba a la CEDA. En 1933 se aprobó y promulgó la ley de Confesiones y Congregaciones religiosas. Hubo elecciones para el Tribunal de Garantías Constitucionales. La crisis del Gobierno presidido por Manuel Azaña acabó con su dimisión en septiembre. El Partido Radical se encargó de formar nuevo Gobierno. La crisis desembocó en la convocatoria de elecciones legislativas, que trajeron el cambio político, anunciado ya en el resultado de las elecciones de vocales para el Tribunal de Garantías Constitucionales.

La preparación de la revolución de octubre coincide con la consolidación de la CEDA como fuerza gubernamental y con el inicio de la negociación con la Santa Sede, para superar la crisis provocada por la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, sancionada el 2 de junio de 1933 y estalla cuando el apoyo parlamentario de la CEDA da paso a su entrada en el Gobierno.

El año 1933 es tal vez el más propicio para estudiar con cierta serenidad la confrontación, con viejas raíces históricas, agudizada en la Segunda República Española, entre el partido socialista y el catolicismo político, especialmente encarnado ahora en el partido de Acción Popular, integrado desde comienzos de marzo de 1933 en la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA).

Los años 1931-1932 fueron meses de máxima agresividad en los dos frentes, dadas las dos grandes contiendas electorales, y sobre todo el agrio debate constitucional, especialmente en todo lo referente a la entonces llamada «cuestión religiosa», que incluía la derogación del concordato, la libertad de cultos, la separación de la Iglesia del Estado, la cuestión de las órdenes y congregaciones religiosas, la escuela laica, el divorcio y el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la presencia del clero en ciertas instituciones del Estado, las propiedades de la Iglesia y el presupuesto del culto y clero. Para el año 1933 sólo quedaba la discusión técnica de los artículos de la ley de Confesiones y Congregaciones religiosas que, aunque fue un punto de continuas fricciones, como veremos, doctrinalmente estaba más que expuesto y controvertido en las sesiones parlamentarias de agosto, septiembre y octubre de 1931, y con motivo del áspero debate sobre la disolución de la Compañía de Jesús, en enero y febrero de 1932.

Organizado y reforzado el catolicismo político, especialmente en torno a la CEDA, y dividida progresivamente la primitiva coalición republicano-socialista desde la aprobación de la Constitución, en diciembre de 1931, la proporción de fuerzas en la sociedad española entre la llamada derecha clásica y la llamada izquierda anticlerical era mucho más equilibrada que dos años antes; las urgencias políticas de cada día eran mucho menores, y había más posibilidades de reflexión y de confrontación ideológica, fuera de la refriega permanente que llenó las páginas de los diarios de Cortes, de libros, periódicos y revistas durante los primeros meses del nuevo régimen.

Por otra parte, las segundas elecciones legislativas, de noviembre-diciembre de 1933, cuyos resultados expresaron la reacción natural de los derrotados en las primeras de junio de 1931, fueron una ocasión pintiparada para hacer públicas, con mayor sosiego que en la anterior ocasión, las respectivas doctrinas sustentadas no sólo por las organizaciones políticas católicas, cogidas en la primera fecha a contrapié, sino igualmente por el partido socialista, ahora fuera del Gobierno, sin servidumbre política alguna, mucho más libre para defender sus propias posiciones, que esta vez giraban casi siempre en torno a la revolución socialista para implantar la dictadura del proletariado.

El estudio se limita por ahora a los ocho primeros meses del año, durante los que co-gobierna el partido socialista, con tres ministros en el ministerio de mayoría republicana, presidido por Manuel Azaña. Una vez que éste presenta la dimisión a comienzos de septiembre y entra a gobernar un gabinete republicano, presidido por el radical Diego Martínez Barrio, los socialistas se sienten echados de la República burguesa y comienza para ellos una nueva etapa, mientras la coalición republicano-socialista de los gobiernos anteriores se quebranta, cuando no se rompe del todo. De ahí en adelante, con unas elecciones legislativas de por medio, la situación política es hartamente distinta. Y convendrá estudiarla, también en cuanto a nuestro tema se refiere, en otra entrega distinta.

#### LA DERECHA, ESTÁTICA. LA IZQUIERDA, A LA CONQUISTA DEL PORVENIR

*El Debate*, periódico católico histórico, cedido por *La Gaceta del Norte*, diario católico de Bilbao, a la Asociación Nacional Católica de Propagandistas (ahora ACdP), fundada dos años antes por el jesuita P. Ayala, estuvo dirigido desde 1911 por el joven santanderino, abogado del Estado, de 24 años, Ángel Herrera Oria. En el seno del periódico nació, de la mano de Herrera, a los pocos días de la Segunda República, un grupo político plural de católicos, que se llamó Acción Nacional, convertido pronto en partido, precedente de Acción Popular. Herrera dejó la dirección del mismo, el 17 de noviembre de 1931, en manos del joven diputado agrario por Salamanca, catedrático de Derecho Público,

José María Gil Robles, «acedepeísta» también, quien había sido antes, entre otros cargos, subdirector de *El Debate*. Y el 9 de febrero de 1933, don Ángel se despidió oficialmente de la dirección del diario, aunque ya desde la primera semana de octubre del año anterior, por expreso deseo suyo, fungió como director de hecho su antiguo redactor-jefe, Francisco de Luis.

El diario católico —publicado por la Editorial Católica, creada también por ACNDP— era desde hacía años uno de los mejores y más leídos de España, con cinco ediciones diarias de diez páginas en los días feriados y veintidós los festivos, rico en colaboradores internos y externos, en noticias de agencias, aparato gráfico, y en secciones especiales: ciencia, arte, literatura, economía, deporte, índice bibliográfico, cine-teatro, radio-telefonía, vida religiosa, modas... Jurídica y económicamente independiente, fue siempre fiel a la Iglesia católica, de la que pasaba como su portavoz oficioso —«diario de los jesuitas» y «diario jesuita» lo denomina habitualmente *El Socialista*—, y políticamente cercano al partido Acción Popular, primero, y a la CEDA después, pero guardando siempre una larga autonomía.<sup>1</sup>

*El Debate* abre su editorial del domingo, 1 de enero de 1933, con un «Balance político del año», en el que repasa las diferentes fuerzas presentes en el mapa político español. La peor parte se llevan, como de costumbre, los socialistas: «El socialismo español está en baja, en crisis profunda». Crisis de hombres, en la cual no es factor desdeñable «la animosidad y aun el odio que a los primates separa y que en el Congreso último tuvo áspera exteriorización». «Crisis de ideas y de fervor». Crisis de masas, que, a pesar de alguna infiltración en las clases medias de grandes capitales, conlleva una «pérdida enorme de afiliados en varias provincias», sobre todo entre los obreros «desilusionados al cabo de casi dos años de política social, y ya es franca deriva hacia organizaciones más extremistas o hacia el escéptico apartamiento».

A los directores de los grupos conservadores, desengañados del rumbo de la República, les recomienda que se vean «en el espejo del jefe radical y aprendan la enseñanza». Y, si quieren contar con las masas conservadoras, han de arriesgar con valentía los peligros de una posición bélica, y desde ella, llegado el momento, «dar la batalla a la masonería y al socialismo, que son las fuerzas anticonservadoras, destructoras, en lo espiritual y en lo material, de España».<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El nuncio apostólico en España, Mons. Federico Tedeschini, que bendijo la rotativa del diario católico en 1927, volvía a bendecir la que le sucedió, el 12 de febrero de 1933. Su discurso, tras el del director y el del obispo de Madrid, fue un elogio continuo de la significación y del trabajo de la publicación al servicio de la Santa Sede y de la Iglesia: «El Debate» —dijo en su alocución— tiene el espíritu de Cristo. Luego es un periódico de Cristo», *El Debate*, 13 de febrero de 1933.

<sup>2</sup> En un editorial, de finales de febrero, «Los beneficiarios del régimen», se resume: «El Socialismo, con la Masonería, son los únicos beneficiarios auténticos de esta primera etapa de Gobierno republicano», *Ibidem*, 25 de febrero de 1933.

En el apartado «Nuestras derechas», en las que pone el diario todas sus esperanzas,<sup>3</sup> pondera la necesidad, especialmente en sus «clases selectas», de tener claridad en «las ideas, los conceptos y las perspectivas del nuevo Estado hacia el cual nos dirigimos»; así como la necesidad de constituir «sindicaciones profesionales cristianas», haciendo de ellas, «en vez de un factor de perturbación o un agente de peligrosísimas sorpresas, el más sólido fundamento de la paz futura». Urgente estima asimismo «la formación de organizadores, de propagandistas, de directores de altura».

El balance tiene que acabar con una infusión de optimismo, dada «la presencia de una floración espléndida de actividad, de entusiasmos y de éxitos positivos, logrados casi por una fuerza natural».

El día 7 del mismo mes, se dedica la sección literaria y gráfica, bajo el rótulo «Figuras de actualidad», al sacerdote belga, fundador de la JOC (Juventud Obrera Cristiana), Cardayin (*sic*) [José Cardjin], llegado a Madrid. «Hijo de obreros —reza el pie de la foto— y empleado en una Empresa, sufrió hondamente al ver cómo sus antiguos camaradas, educados en escuelas cristianas, se apartaban de la Iglesia, atraídos por el socialismo. Unos años de trabajo constante, de intenso apostolado, de propaganda continua y de perfecta y moderna organización han bastado para cambiar el estado de cosas. El socialismo ha sido batido en la juventud belga. Ochenta mil obreros industriales de ambos sexos, inscritos en la JOC, número, al parecer, cuatro veces mayor que el de jóvenes socialistas, sirven de testimonio».

*El Socialista*, diario oficial del PSOE, mucho más modesto y con sólo ocho páginas diarias, dirigido desde abril de 1932 por el periodista bilbaíno y diputado a Cortes por Badajoz, Julián Zugazagoitia, daba cuenta, a comienzos de año, y en su página tercera,<sup>4</sup> de una conferencia, titulada «Democracia y Socialismo», dada en la Escuela Superior de Ucele (Bruselas) por el líder socialista belga Henri de Man, tachado por muchos en España y en Europa como un símbolo

<sup>3</sup> La página 23 del mismo número se dedica completa a «La organización de las derechas autónomas», que tal es el título a toda plana. La parte superior de la misma está ocupada por un mapa de España, con indicación de la diferente intensidad en cada provincia de la presencia de Acción Popular y de grupos afines, y en la parte inferior va el artículo «Una gran fuerza política del porvenir», referida a la próxima Confederación. A ésta se le aconseja que no se detenga en la accidentalidad de forma de Gobierno; que incluya el principio regionalista; que evite toda confusión ideológica, y que aproveche a los viejos políticos valiosos, llamados «políticos viejos». Orlan toda la página fotografías de los principales líderes de la CEDA: Gil Robles, Lucia, Salmón, Casanueva..., aunque aparecen también las fotos de José Martínez de Velasco y Abilio Calderón, presidente y miembro, respectivamente, de la minoría agraria de las Cortes, que un año más tarde formarían el Partido Agrario Español.

<sup>4</sup> «La internacional de estudios socialistas. Una conferencia de Henri de Man», *El Socialista*, 3 de enero de 1933.— Bajo el título «Conferencia del camarada Henri de Man», el mismo diario resume en su número de 11 de marzo, la lección dada, el día anterior, por el socialista belga en el Instituto Nacional de Previsión, en Madrid, sobre los seguros sociales en Bélgica y en Alemania.

del reformismo. Y no era fácil que sus lectores entendieran bien las palabras del autor de *Más allá del marxismo*. Para De Man el movimiento reformista «es un movimiento en el capitalismo»; la socialización, en cambio, «es un movimiento contra el capitalismo». El reformismo no ha hecho socialismo, sino que ha realizado una serie de condiciones previas para la socialización, creyendo en la probabilidad de una democratización creciente del capitalismo, que, si bien ha ido creciendo durante las dos o tres últimas generaciones, se acerca la hora en que irá decreciendo. Por el contrario, la socialización es «la única etapa inicial de la revolución que tenemos que elegir ahora».

La proletarización creciente anunciada por Marx está siendo, según el socialista belga, mucho más complicada de lo previsto. La clase obrera está dejando de ser mayoritaria. Por eso hay que agrupar a la clase obrera y campesina con las clases medias más los parados permanentes, en torno a un plan de socialización comenzando por el crédito y siguiendo por la energía... La socialdemocracia alemana está limitada por las clases medias, es poco revolucionaria y ha llevado la moderación hasta la inmoderación. No se trata de volver a las barricadas y a la guerra civil, sino de intentar una socialización por sectores, lo que no será posible si durante ciertos períodos no se restringe la democracia, cosa imposible con parados y con desesperados. Por eso hay que permanecer en posiciones reformistas, esperando a estar preparados sobre todo.

Digo que no era fácil de entender el discurso de Henri de Man, tal como lo resumía el periódico socialista, pues, si, por una parte, parecía renegar del reformismo que se le atribuía, por otra, y a pesar del guiño de las socializaciones sectoriales para una nueva clase social compuesta, parecía volverse a posiciones reformistas, a la espera de la posibilidad socializadora en tiempos mejores, lo que se daba de bruces, como veremos, con la teoría revolucionaria violenta, que durante el año 1933 iba a imponerse en todos los sectores del socialismo español.

También el mismo día 7, el rotativo socialista editorializa a propósito de los comentarios del diario católico sobre la derecha y la izquierda: «Es por imperio de la Historia: la derecha es estática, pero la izquierda va a la conquista del porvenir, fatal, directamente, y las derechas vienen de mala gana, pero vienen sin poderlo remediar». Por eso las derechas se alegran del voto concedido a la mujer, o propugnan la sindicación católica, o funciona la escuela de periodistas de *El Debate*... Si estuvieran vigentes las costumbres políticas del siglo XVIII, no existiría nada de eso, ni siquiera habría periódicos como el mencionado, o *El Siglo Futuro*. Por eso también la prensa católica, aunque con «aspaviento y parodia», sale hoy por los fueros de algo tan «abominable» teóricamente para ella como la libertad de prensa o la libertad de reunión. Y hasta el papa Pío, según han podido leer en una carta pastoral del obispo de Madrid, habla de las convulsiones económicas y políticas de nuestro tiempo y de la salvación del mundo por la Iglesia.

No parece tener ésta otra fórmula que la vuelta al redil de las ovejas perdidas o del hijo pródigo a la casa de su padre, metáforas que bien podrían justificar la vuelta del absolutismo conspirador frente a los gobiernos constitucionalistas, en el siglo XIX, o el apego de la derecha católica al capitalismo.

«Vienen, sí, pero vienen con cuatro de siglos de retraso, que no es venir para nosotros. (...) Es no resolver el problema actual nunca, y después de ellos el diluvio. La labor de todas las derechas españolas es hoy francamente capitalista. (...) Vienen, a remolque; mas su aparente progreso no nos sirve de más que de ver (*sic*) nuestra razón consagrada en la conducta del contrario».<sup>5</sup>

No siempre este juicio general negativo acerca de la derecha católica, venido de fuentes socialistas, es absolutamente rechazado por todos los católicos políticos españoles. En el momento más autocrítico quizás de su vida, Ángel Herrera, al despedirse oficialmente, a comienzos de febrero, de sus colegas y colaboradores del periódico, hace unas cuantas reflexiones que sólo van a tener par en algunos raros escritos en las páginas del diario y en mítines de los políticos católicos más sensibles ante las cuestiones sociales.<sup>6</sup> Dentro de la «tremenda crisis económico-social por la que atraviesa el mundo» —dice don Ángel a su círculo más próximo— «merece aún más severos castigos del cielo la derecha española, si no aviva el seso y despierta y se anticipa en encauzar jurídicamente las ansias de justicia que acucian a los que viven de su trabajo, hombres buenos y honrados en su inmensa mayoría, cristianos también, al menos de sentimiento».

Negarse a colaborar, además de un delito social, sería un gran pecado. Y la metáfora de la «zaga» que hemos visto en el título del diario socialista, la vemos también, un mes más tarde, nada menos que en la pluma del director del mejor diario católico español: «España camina a la zaga de las grandes naciones cristianas en el camino que los Romanos Pontífices han trazado a la conciencia católica de nuestro siglo». La autocrítica, sin embargo, no llega hasta el diario de la

<sup>5</sup> «A la zaga y de freno», *Ibidem*, 7 de enero de 1933.

<sup>6</sup> Lo era el joven valenciano José María Valiente, doctor por Bolonia, catedrático de derecho civil, ex presidente de la Juventud Católica Española, primer secretario de Acción Nacional en abril de 1931 y ahora presidente de la Juventud de Acción Popular (JAP), fundada en octubre de 1932. En el mitin de clausura de la asamblea del partido en Sevilla, domingo, 12 de febrero de 1933, ante 10.000 personas, se dirige a los obreros «engañados por quienes les prometían una felicidad absoluta y completa» y, les promete «una verdadera revolución con la Cruz en la mano». Y a la Sevilla aristocrática le recuerda que no bastan hermosos templos y magníficas procesiones: «Es preciso tener en cuenta que lo que tenéis no os pertenece por vuestra sola representación, sino que Dios os lo ha dado para que seáis administradores de los bienes y os acordéis de que en muchos hogares no se come y se padecen miseria y calamidades (Gran ovación)». En cuanto a la Reforma agraria, le dice a don Marcelino Domingo [ministro de Agricultura], que, en vez de hacer comedias y dramas —extremo luego comentado también por Gil Robles, que cierra los discursos—, debiera descender hasta Andalucía «para conocer de cerca lo que es un arado y un par de mulas», *El Debate*, «Asamblea de Acción Popular en Sevilla», 14 de febrero de 1933. El cronista del acto confiesa que las palabras de Valiente produjeron «honda impresión».

calle Alfonso XI, que él ha venido dirigiendo desde comienzos de siglo: «No ha incurrido *El Debate* en semejante extravío». Y las recias expresiones anteriores se atemperan un tanto con la visión optimista final, porque el periodista emérito afirma a renglón seguido que ya se van ganando, «a paso progresivamente acelerado», los estados perdidos: «Ya van desapareciendo la casta de hombres, «que con su injusticia detenían la verdad del Señor», para ser sustituidos por gentes que sinceramente desean practicar la justicia y remueven los estorbos y auxilian con largueza a los que intentan la reforma».<sup>7</sup>

A finales de ese mes, Valiente, habla igualmente en nombre de su partido en el homenaje rendido en Madrid al escritor, dramaturgo y poeta gaditano, José María Pemán,<sup>8</sup> Su discurso alcanza vivos tonos sociales, por muy ingenuos que parezcan, y despierta encontradas reacciones entre los más de 400 asistentes, la flor y nata de la derecha española, en un acto, en el que intervienen, entre otros, nada menos que Eugenio D'Ors, Ramiro de Maeztu, Pedro Sainz Rodríguez, Eugenio Vegas Latapié, Pilar Careaga... «A la aristocracia del linaje —clama, casi retador, en uno de los párrafos— le sorprendió la revolución jugando al «bridge» (Rumores). A la aristocracia intelectual, jugando a la revolución». Y se pregunta dónde estaba la noche del 14 de abril la aristocracia, frase aclamada con una gran ovación. «La culpa es de todos» —comienza diciendo en otra de las secuencias—. (...) Hay que ganar a la masa con un ideal cristiano y un ideal social. Tenemos a las masas abandonadas. ¿Sí o no? (Voces: sí, sí, grandes aplausos.) (Algunas protestas) (Don José Antonio Primo de Rivera: Lo que necesitamos son verdades, no buenas digestiones) (Voces: Así se habla). Tenemos que recoger lo que el socialismo tiene de principios de justicia y no de materialismo. Y acordarnos de los que no tienen que comer (Aplausos)».<sup>9</sup>

Poco después, el colaborador del diario católico, Oscar Pérez Solís, militar e ingeniero industrial, varias veces diputado socialista a Cortes, después secretario general del Partido Comunista de España, y convertido al catolicismo en 1928, trata en uno de sus artículos de la situación económica y social de su tiempo: de la «degradación del espíritu cristiano de la clases conservadoras»; del crecimiento de las rentas de unos pocos tras la primera guerra mundial; y

<sup>7</sup> «El acto de despedida», *El Debate*, 9 de febrero de 1933.— Esta sección es sólo una parte de toda una página que lleva por título general: «Don Ángel deja oficialmente de dirigir «El Debate» para presidir la Junta de Acción Católica».

<sup>8</sup> Fue José María Pemán un colaborador principal de su pariente, el dictador Primo de Rivera; miembro de la Asociación Católica de Propagandistas, fue militante de Acción Nacional, primero, y después de Renovación Española, a la vez que presidente de la sociedad cultural Acción Española, fundada por un grupo de monárquicos en diciembre de 1931, suprimida tras el golpe militar-monárquico de 1932 y reabierta el 18 de mayo de 1934; representó a la provincia de Cádiz en las Cortes tras las elecciones de noviembre de 1933.

<sup>9</sup> «Banquete homenaje al señor Pemán», *Ibidem*, 24 de febrero de 1933.

de la mejora de las clases populares, «arrancada casi siempre por los de abajo en luchas que debió haber hecho innecesarias una verdadera religiosidad, que apenas había más que por fuera, de las clases conservadoras»... Para concluir: «¿Habrían podido avanzar tanto y con tamaña rapidez en el pueblo las doctrinas revolucionarias, si no las hubiese dado la mitad, por lo menos, de sus victorias el olvido que las clases conservadoras tuvieron para sus deberes cristianos, más graves y delicados en ellas que en ninguna otra clase de la sociedad?».<sup>10</sup>

Hasta uno de los diputados más conservadores del grupo parlamentario agrario, el notario Cándido Casanueva, diputado por Salamanca y vicepresidente de la CEDA, en un mitin, domingo 26 de marzo, en el Centro de Acción Agraria en León, reconoce igualmente las propias culpas: «En España se están dando leyes antirreligiosas, porque el 90 por 100 de los católicos no somos como debemos ser, comenzando por los de arriba y terminando por los de abajo. Nos han barrido y lo merecíamos. Los socialistas ponen más fervor en la profesión de su doctrina que nosotros en la nuestra».<sup>11</sup>

#### LA FUNDACIÓN DE LA CEDA

«Un gran partido de derechas», es el título del editorial de *El Debate*, para definir en cuatro palabras el partido que acaba de celebrar, entre los días 28 de febrero y 5 de marzo de 1933, su congreso fundacional, con el nombre de Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Un partido «como una integración de clases», porque «un partido de clase sería siempre un algo amputado, incompleto». Por el contrario, en la CEDA, donde, al decir de un jefe obrerista —«se miran cara a cara el aristócrata y el obrero»—, «esta coexistencia, esta confusión de clases y de rangos hace de ese partido un órgano verdaderamente «popular», esto es: integral, completo, vivo». Pondera el periódico, en cuyo seno nació de la mano de Ángel Herrera, Acción Popular, integrado ahora en el nuevo partido, el carácter regionalista del mismo; la presencia de la mujer; su ámbito nacional; su idealismo cristiano... La CEDA entiende que el nuevo orden de cosas ha de asentarse en la doctrina de la Iglesia, «la que formulan las Encíclicas sociales de los Papas». Las metas son lejanas y las políticas

<sup>10</sup> «El espíritu que ha faltado», *Ibidem.*, 1 de marzo de 1933.

<sup>11</sup> «Conferencia del señor Casanueva», dentro de la sección «Intensa propaganda derechista en toda España», *Ibidem.*, 28 de marzo de 1933.—Curioso, y entonces muy común, el concepto sobre la mujer de este diputado católico. Hablando de la «pasividad ignominiosa» de los católicos durante la quema de los conventos, dice en el mitin: «Aquel día merecimos que nos pusieran faldas y nos mandaran a hilar los pañuelos con que nuestros hijos habían de llorar tal vergüenza». Y poco más adelante, tras considerarse «enemigo de la intervención de la mujer en la política», recalca, sin embargo, que «ayudarían ahora a salvar a España, con el espíritu de sacrificio que ponen siempre al lado de los enfermos».

concretas. Y el periódico escoge una de las frases del presidente del nuevo partido, José María Gil Robles: «la realización del bien posible en cada instante».<sup>12</sup>

En el mitin de clausura del congreso, el domingo 5 de marzo, celebrado en el cine Monumental de Madrid, el abogado valenciano Luis Lucia, procedente de carlismo, director de *Diario de Valencia*, presidente de Derecha Regional Valenciana y vicepresidente de la CEDA, que pone en pie varias veces al público que le escucha, quiere dejar muy clara la diferencia entre la Iglesia y los partidos católicos. En España algunos de esos partidos quisieron identificarse con la Iglesia y acusaron a otros de no ser suficientemente católicos, pero una cosa es la Acción Católica y otra los partidos: «Nosotros estamos orgullosos de nuestra confesionalidad, pero una cosa es la Iglesia y otra sus hijos, pasajeros y sujetos a error. Los responsables de los actos políticos somos nosotros. Si acertamos, ofreceremos el triunfo a la Iglesia. Si erramos, el fracaso será nuestro. Que remos servir a la Iglesia; no servirnos de la Iglesia».<sup>13</sup>

José María Gil Robles, presidente de la Confederación, recién inaugurada, se duplica ese día entre los cines Monumental y Fuencarral. En el primero explica que el partido ha dejado a un lado lo accidental y menos importante «para dar paso a lo fundamental y perenne»: «Defendemos a Dios y a España y dejamos en sus manos la forma de Gobierno. El sabrá el día de mañana premiarnos (Muchos aplausos)». Dedicar un buen rato de su oración a la revolución social que ve cercana: «El día en que los socialistas salgan del Poder, es casi seguro que el frente único del proletariado para dar la batalla no a la sociedad burguesa, sino a los principios en que descansa la civilización cristiana. Esta es la gran batalla que tendremos planteada este año. Iremos contra el marxismo, no en lo que tiene de reivindicación obrera, sino en lo que tiene de materialismo histórico, de lucha de clases, de guerra entre hermanos. No se lucha contra el marxismo con milicias hitlerianas o legiones fascistas, sino con una propaganda social y avanzada. Defenderemos nuestra civilización, la civilización cristiana, no la que deja en el tugurio al pobre sin esperanza de mejoramiento...».

Su despedida, antes de trasladarse al cine Fuencarral para su segunda alocución son estas palabras animosas: «Adelante. Todos unidos y con mutuo respeto. Todos católicos. Pase lo que pase en otras cosas y no hay más que un santo y seña: Por Dios y por la Patria».<sup>14</sup>

<sup>12</sup> «Un gran partido de masas», *Ibidem.*, 7 de marzo de 1933.

<sup>13</sup> *El Debate*, 7 de marzo de 1933.

<sup>14</sup> Crítica *El Socialista* un duro mitin de Gil Robles en Toledo, el 10 de enero de 1933, en el que reprocha al Gobierno republicano-socialista la falta de autoridad para controlar a los anarquistas y la insurrección todavía viva, porque «éstos fueron sus antiguos auxiliares para llegar al Poder», a lo cual le responde con desprecio que «con los autores de la pasada agitación ni se dialogó, ni hubo compromiso, ni las personas que figuran en el Gobierno quisieron nunca nada con esos elementos»; crítica sus críticas

En el mitin del cine Fuencarral recuerda que los derrotados del 14 de abril no fueran «las derechas ideológicas», sino «la farsa exterior de las derechas, vacías porque no les daba contenido el espíritu cristiano» de las que él — interventor monárquico en aquellos comicios — acudió a salvar lo que quedaba de ellas, que fue la cruz de la corona real que se hundió.

El ex secretario general de la Confederación Católico-Agraria expresa su mayor satisfacción porque las derechas españolas se hayan dado un programa social<sup>15</sup>; sin ese objetivo cumplido, el congreso fundacional habría fracasado. No importa que algunos abandonen; los que tal hagan «es que se asustan del Evangelio y de la justicia que anida en los corazones honrados». Pero no se puede ensalzar la civilización cristiana sólo en los banquetes, «cuando a pocos pasos la miseria se apodera de los hogares y el materialismo de los corazones de los desheredados». Y poco después: «Parece que la civilización cristiana se ha detenido en los barrios céntricos de nuestras capitales. Y es preciso que sus beneficios lleguen a la sociedad entera. Una sociedad nueva está viniendo a pasos agigantados. Son palabras de Pío XI. Nosotros debemos abrir los cauces para abrir paso a esa sociedad. Creed que el único camino para conseguirlo es la conquista de masas que intervienen en la organización del Estado».

Enemigo de todo lo anterior, como ha dicho en el mitin precedente, es el marxismo, concretado en el partido socialista y en sus organizaciones políticas y sindicales. La revolución que comenzaron a hacer en 1917 la siguieron haciendo

---

a la Reforma agraria, verdadero terror de la derecha, e ironiza sobre su despreocupación por la forma de Gobierno. Y ante la frase habitual del líder agrario «Ante todo la religión y España», añade el mismo diario: «Es la divisa fascista», *El Socialista*, «El discurso de la desesperación. Brotes fascistas en las derechas», 21 de enero de 1933.

<sup>15</sup> En el apartado XII del programa, relativo a «Cuestiones sociales», tras rechazarse el principio marxista de la lucha de clases, se admite la intervención del Estado en materia económica social; se considera lícita la existencia de una economía dirigida a través de la organización corporativa de la economía misma, y se aspira a una mejor distribución de la riqueza, para que el mayor número posible llegue a ser propietario. Se proponen asimismo: el derecho al trabajo, que será igual para el hombre que para la mujer; «la organización cristiana de las clases», con sindicación libre y corporación obligatoria; jurados mixtos presididos por un miembro independiente de la magistratura social; salario mínimo justo y sobre-salario familiar por medio de la caja de compensación; evolución del contrato de trabajo hacia el contrato de sociedad, participando los obreros en los beneficios, en el dominio y gestión de las empresas; seguro obligatorio integral; formación profesional de los trabajadores; protección de la mujer trabajadora, mientras se vea precisada a trabajar; españolización, que no estatificación y menos socialización, de las empresas e industrias de interés nacional (capital, dirección y trabajadores españoles o hispano-americanos), y mejora de salarios y de situación económica del trabajador mirando a la posición relativa de España dentro de la economía internacional.— En el apartado XIII sobre «Política económica y financiera», se declara en el primer párrafo: «La CEDA condena energicamente a) La política de inspiración socialista practicada por los partidos gobernantes desde abril de 1931 y las claudicaciones de la autoridad ante movimientos sociales revolucionarios o prerrevolucionarios, causa fundamental de la depresión económica de la nación».

desde «otras barricadas más cómodas y eficaces», que fueron el Instituto de Reformas Sociales y del Consejo de Estado, y así han llegado a unas posiciones más fuertes, «que han hecho sin lucha una revolución, cuyas consecuencias es de temer que todavía no estén más que en su principio».

Tampoco el fascismo y el racismo que nacieron «en países doloridos por las consecuencias de los conflictos exteriores», tienen mucho que hacer aquí: «No hay que imponer la dominación de un sable; hay que llevar a la realidad política desde ahora la fórmula social del cristianismo».

Sobre el programa social del nuevo partido trata Oscar Pérez Solís, invitado al congreso. El antiguo socialista y comunista opina que es inútil emplear la violencia contra el marxismo, sino, por el contrario, la doctrina y la práctica de la misma, que «puede establecer en el mundo el máximo de justicia social posible y deseable, «sin el estrago de la lucha de clases y de los métodos revolucionarios». La doctrina existe y existía, «y de ella es un programa mínimo-mínimo, señores, el adoptado por la CEDA». Ahora lo que falta es su realización práctica», sin la que «no habrá modo de que las derechas —y lo que es más grave, la causa católica— puedan incorporarse las masas que se les fueron y que el marxismo apenas tuvo más que recoger con una indicación. Pensar que las derechas pueden triunfar sin masas populares que crean en la bondad teórica y práctica de su doctrina, es vivir en la luna».

No se debe desdeñar, según Pérez Solís, la crítica habitual que se hace a la conducta de las gentes del campo conservador. No sólo las circunstancias económicas adversas, como ha sucedido, pueden cercenar la abundancia del plan de vida de las «altas jerarquías sociales». También existe el mandato divino del trabajo y del amor al prójimo. «Muchas ponzoñas fueron vertidas en el alma de los muchedumbres por el ocio y el egoísmo, por el tremendo bofetón de la opulencia insolente a la indigencia desesperada». Y se atreve a aventurar: «Mientras en las cumbres sociales no haya una vida sencilla, sin otro afán que su dedicación a derramar los bienes de la riqueza, en hermandad con los del trabajo sobre el haz —he ahí, un santo fascismo— de los hermanos en Cristo, la sociedad será un infierno». La realización de esa propaganda social cedista hará que no esté lejos «el día de la victoria para el mejor de los lemas que, a mi entender, puedan enarbolar las derechas españolas: Dios, Patria, Justicia Social».<sup>16</sup>

A los dos días de la clausura del congreso de la CEDA, el órgano socialista arremete con su más pesada artillería dialéctica contra el nuevo partido: «mezcla de todas las direcciones regresivas, bloque de tendencias enemigas del progreso»; «integración de los más viejo, descascarillado y podrido de España». Y va contradiciendo, una a una, las virtudes de ese «gran partido», que ensalzaba el diario católico del día anterior. Sí, «gran partido reaccionario». Y es que las

<sup>16</sup> «El programa social de la CEDA», *El Debate*, 8 de marzo de 1933.

derechas «son incapaces de remozamiento. (...) No hay quien las saque de los viejos postulados intransigentes, viven todavía y vivirán de espaldas al mundo. Con una nostalgia infinita de la caverna».

¿Anticentralista el nuevo partido? «Pero el banquete se celebra en Madrid y a Madrid vienen las comarcas. Es el anticentralismo de la Monarquía. ¡Y pensar que a eso le llaman renovación!». ¿Popular? No es lícito que «las derechas hablen de integración de clases o de que su partido no es de clase. A pocos engañarán con ese señuelo». «Doctrina social del nuevo partido: la de los papas. No hay modo de que la reacción clerical renueve su programa». La CEDA es por tanto «no una organización burguesa, no un partido capitalista agrario-industrial solamente, sino, sobre todo, una formación clerical, hondamente clerical, controlada y dirigida por los elementos cavernarios. Y ¿eso es lo nuevo?». En cuanto a la revisión constitucional —que aparece como punto clave en el apartado sobre Religión— al diario socialista le parece «el punto más peligroso». Por lo que acaba advirtiendo a «esas derechas barbarizantes» que todo intento contrarrevolucionario de esa dimensión comporta serios riesgos». <sup>17</sup>

Todo da entender, que el autor, personal o colectivo, de este editorial no conocía el programa del congreso, que constaba de quince páginas y no había sido publicado todavía, y que sólo escribía sobre un programa imaginario, adivinado a través de los discursos del cine Monumental y del teatro Fuencarral así como del comentario de su colega católico.

#### CONTRA EL FASCISMO Y EL NAZISMO

El juicio moral y político acerca del nazismo hitleriano, desde su ascenso a la cancillería, el 30 de enero de 1933, es uno de los litigios constantes entre los socialistas y los católicos políticos españoles de la época.

A comienzos de febrero, el corresponsal del órgano del PSOE en la capital alemana da cuenta del ascenso de Hitler, tras la caída del canciller Schleicher, e informa que, aun en minoría, rodeado de fascistas, reaccionarios y militaristas, se prepara para la marcha sobre Berlín. Todavía se muestra optimista, confiado en la poderosa fuerza del proletariado alemán: «¿Logrará su objetivo? Seguro que no, si el proletariado, además no lo quiere. Hacia él hemos de concentrar toda nuestra atención y todas nuestras esperanzas». <sup>18</sup>

De muy otra manera acoge al nuevo canciller *El Debate* del día 31 de enero, en un editorial madrugador, «Hitler en el poder», a quien incluye asimismo en

<sup>17</sup> «La reacción se organiza. «Un gran partido de derechas», *El Socialista*, 8 de marzo de 1933.

<sup>18</sup> «Notas de Alemania. Hitler en el poder», por Seb. Dueñas, *El Socialista*, 4 de febrero de 1933.

las «Figuras de actualidad». No es, en verdad, la primera vez que habla el rotativo católico de Hitler y de su partido. Ni desconoce el editorialista el artículo XIV del programa de éste último, publicado en 1930: «Es nacional contra la unidad del pueblo alemán. Es socialista contra la tiranía del dinero. Es racial contra todo atentado al alma alemán. Por la nación no retrocede ante ningún combate; ningún sacrificio le parece grande; ninguna guerra demasiado sangrienta, porque Alemania debe vivir». Al editorialista le parece evidente la tendencia socialista del programa, por ejemplo a la hora de considerar la riqueza como propiedad de la nación, o la exaltación de las ideas de raza y de patria, pero le parece también injusto condenar a priori toda una actuación futura: «El racismo puede ser una aventura, un absceso, que era preciso embridar, pero moderada su violencia, aleccionado por el ejercicio del Poder, puede también constituir la primera etapa de la restauración germánica».

En todo caso, el fascismo alemán no será peor que el comunismo y el socialismo. Y así, un mes más tarde, dos días después del incendio del palacio del Reichstag, que atribuye a un comunista holandés, el diario de la calle Alfonso XI se muestra muy crítico con los socialistas y comunistas alemanes y a la vez con la represión por el Gobierno de Hitler: «Los abusos del socialismo, unido a un sistema de gobierno postizo, copiado del extranjero, han cimentado el pedestal de Hitler, pero éste «ha apelado a los recursos del enemigo, sin parar mientes en sus consecuencias». Por otra parte, invocar a la nación privando de sus derechos a millones de ciudadanos, por pensar de manera diferente sobre la patria, no es muy consecuente. El pueblo alemán es un gran pueblo «presa de un partidismo frenético, estrujado entre dos revoluciones, dispuestas a cualquier extremo».<sup>19</sup>

El 21 de marzo, en el salón Victoria de Barcelona, en una conferencia organizada por Propaganda Cultural Católica, manifiesta José María Gil Robles, presidente de la CEDA, su «discrepancia radical con el fascismo, en cuanto a su programa y en cuanto a la táctica que lo inspira». «Doctrinalmente —explica— los movimientos fascistas son inadmisibles para quien afirme los postulados del Derecho público cristiano. Esas ideologías que de un modo genérico se conocen con el nombre de fascismo, suponen la identificación de la nación y el Estado, la de éste con un solo partido político, y anulan, en consecuencia, la personalidad individual». Socialismo de Estado y concepción de fondo netamente panteísta, que viene a afirmar que todo es producto de una sustancia única, distinta sólo en lo accidental.

La doctrina católica, por el contrario, «define la sociedad política como un ser moral, cuya unidad depende del fin de los actos libres de los distintos seres que armónicamente, y dentro de los planes de Dios creador, concurren a la realización del bien común».

---

<sup>19</sup> «Peligro revolucionario en Alemania», *El Debate*, 1 de marzo de 1932.

En cuanto a los procedimientos tácticos del fascismo —continúa el diputado agrario por Salamanca—, «es muy fácil encomendar la solución de los problemas políticos a la fuerza; pero resulta casi siempre imposible mantener la violencia en los términos previstos y evitar que se desborden las pasiones, sobre todo en pueblos individualistas como España, con una tendencia tan acentuada a los movimientos anárquicos».<sup>20</sup>

*El Socialista*, que dedica una constante, casi cotidiana, atención al fascismo alemán desde el momento mismo de la llegada de Hitler a la cancillería, y arremete de mil maneras contra sus continuos atropellos y crímenes, se refiere, a mediados de junio, a la lucha librada entre algunos católicos y los fascistas, a la vez que transcribe retazos de la prensa hitleriana, que llama «judío» a Pío XI, como hijo ilegítimo de una judía holandesa (*sic*), y se pregunta: «¿Quién podría suponer, leyendo nuestra católica de derecha, singularmente *El Debate* y el *ABC*, que entre los secuaces de Hitler y el Vaticano cabía otra cosa que la más angelical armonía?».<sup>21</sup>

Todavía, pasados cuatro meses, *El Debate* considera como medidas meritorias del régimen hitleriano la destrucción de «grupos revolucionarios», la reivindicación de la noción de autoridad, de nación, de jerarquía y de espíritu patriótico..., aunque estén también destruyendo la diversidad de Alemania y dividiéndola con ideas separadoras y excluyentes como la raza, atropellando partidos marxistas, sindicatos, asociaciones, universidades, prensa, partido católico de Baviera... Los obispos católicos alemanes habían empleado en una carta pastoral conjunta la palabra «heces», entendido como producto de un fermento que, al serenarse la situación, cayesen al fondo. Y el rotativo católico aprovecha la metáfora: «Mas en las últimas semanas parece que predominan las «heces». El racismo invade sin escrúpulos el terreno espiritual, el fuero de la conciencia. (...) Buscan más que un instrumento político, una exaltación nueva de germanismo racial...». Y, en el momento final de las buenas intenciones y de las buenas esperanzas, el discurso se reblandece en plegaria: «Confiemos como los prelados, reunidos en Fulda, que las «heces» no logren imponer sus ideas y sus prácticas;

<sup>20</sup> Gil Robles, J. M., *Discursos Parlamentarios*, 1971, Madrid, Taurus, pp. 216-217.; un extracto: «Conferencia de Gil Robles en un teatro de Barcelona», *El Debate*, 22 de marzo de 1933, en página 3. En la misma página aparece el artículo «El pensamiento de la CEDA ante el fascismo». En una conferencia de prensa reconoce Gil Robles que la mitad de su auditorio no estuvo de acuerdo con lo que dijo en la conferencia, y que al final de su intervención, junto a los aplausos, se oyeron algunos siseos. Nótese también la «distancia» del diario católico informando de todo ello en la página tercera.

<sup>21</sup> «Nota internacional. Católicos y fascistas», *El Socialista*, 18 de junio de 1933.— Cinco días antes, el mismo diario, en un breve editorial bajo el rótulo «Los intelectuales contra el hitlerismo», da cuenta de un manifiesto, firmado, entre otros, por Unamuno, Marañón, Recasens Siches y Jiménez de Asúa, llamando a los intelectuales «para luchar encarnizadamente contra el hitlerismo», pero añade que la protesta, si ha de ser eficaz, debe ir «acompañada de un propósito de aislar al hitlerismo económicamente».

que el amplio designio renovador de tantos valores espirituales y morales, que tantos partidarios y tantas simpatías ha obtenido para el racismo alemán, sabrá apoderarse del mando, de modo que la suerte del tercer Imperio alemán no provoque las alarmas, las condenaciones y las tristezas a que dé lugar esta primera etapa del imperio nacionalista-socialista».<sup>22</sup>

¡Eran los tiempo de la difícil negociación del concordato del Reich con la Santa Sede, firmado en Roma poco más tarde!

El diario del PSOE le responde, con un artículo entre socarrón y ácido, dos días después. Está visto que, al contrario de Mussolini, que sólo ha querido propiciarse la Iglesia, Hitler quiere controlarla. Una prueba evidente es el nombramiento de un comisario político para presidir la Iglesia Evangélica Unida de Prusia, lo que ha provocado la dimisión del obispo luterano, Bodelschwing, primado de la misma; y otra, más grave, la creación del movimiento de los «cristianos alemanes» dentro de la Iglesia Evangélica, con su Biblia nazi de sagas y leyendas, que intenta sustituir al Antiguo Testamento. ¡Lo raro es que no se quiera suprimir también el Nuevo Testamento, con Jesús y los apóstoles, todos judíos! En cuanto a los partidos políticos, sólo queda en pie el partido centrista católico, pero ya se anuncia su próxima disolución, al que se le «invitará gentilmente a hacerse harakiri».<sup>23</sup> Ahora —prosigue con sorna— *El Debate* ha descubierto las «heces» en el partido fascista alemán, pero sólo cuando la violencia hitleriana se emplea contra los católicos centristas, no cuando se abate contra socialistas y comunistas, lo que le arranca elogios. Y comenta finalmente con escándalo las palabras del «diario jesuita»: «¡El fascismo renovador de valores morales! Esto es casi tan pintoresco como el vuelo fingido de los aviones enemigos sobre Berlín, que con tanto celo nos transmiten las Agencias después de haberlo presenciado... en las oficinas de la Conti. Pronto sabremos si las esperanzas de *El Debate* tenían fundamento».<sup>24</sup>

<sup>22</sup> «La segunda etapa del racismo», *El Debate*, 28 de junio de 1933.

<sup>23</sup> Así fue. El diario de la Editorial Católica española informa, el 7 de julio, acerca de la disolución del partido católico alemán, condición forzosa para la firma del concordato entre el Tercer Reich y el Vaticano. Se reconoce que ha sido así «por el halago y la amenaza». Y todo son elogios a los jefes políticos católicos alemanes por su sacrificio: «Por eso se ha obedecido sin rechistar. (...) En bien de la Patria y de la Iglesia». Claro que, según el periódico español, la formación de partidos políticos «no es un derecho sagrado, como el de la Iglesia, imprescriptible como el de las almas de los niños o el de la familia (sic)», velada referencia al próximo concordato, como veremos. Finalmente hace votos por que el nuevo régimen de Alemania sepa utilizar esos valores como el Centro para el bien de la sociedad y de la patria, *El Debate*, «La disolución del Centro alemán», 7 de julio de 1933.

<sup>24</sup> «Nota Internacional. Sigfrido contra Jesús», *El Socialista*, 29 de junio de 1933. Tres días más tarde, en la misma sección, se presenta una muestra de renovación de «valores morales» en Alemania consistente en numerosos «program» de judíos, seguidos de apaleamientos y torturas, así como en persecuciones de adversarios políticos, que consideran la actual dictadura hitleriana incomparablemente

Poco tiempo después de la firma solemne del concordato, el 20 de julio en Roma, el órgano católico español rememora los anteriores firmados, dentro del área germánica, con Baviera, Baden y Prusia y ve en el actual muchos aspectos positivos: el reconocimiento de la personalidad de la Iglesia; la libertad interior de la misma; el conocimiento de su misión docente, a la que prestará, cuando sea posible, su concurso el Estado; la enseñanza religiosa en las escuelas superiores y profesionales — «¡más que en Italia!»—; facultades de teología en las universidades; libertad de las órdenes religiosas... Una tacha entre tantos beneficios: la enseñanza obligatoria «de los deberes respecto a la Patria y a la sociedad». «Cláusula peligrosa, advierte el editorial, dado «el exaltado nacionalismo» del régimen. Ah, pero en el texto concordado se precisa que esa enseñanza será «según la fe y la moral cristianas». Por otra parte, los católicos de Alemania merecen este concordato: «Corona muchos años de lucha». Y recogiendo los elogios de boca de Monseñor Ludwig Kaas, ex jefe del disuelto partido católico alemán «Zentrum»; colaborador íntimo del nuncio Pacelli en Alemania y uno de los principales negociadores, presente en el acto de la firma oficial, considera el concordato «signo del triunfo» y «sello de los católicos de Alemania».<sup>25</sup>

A la ofensiva del socialismo español e internacional contra Hitler se unió, aunque en menor medida, la llevada a cabo contra el canciller austríaco, el social cristiano Engelbert Dollfuß, llegado al poder en abril de 1932, desde que el 4 de marzo del año siguiente cerró el Parlamentó y comenzó a gobernar por decreto, o suprimió más tarde la milicia socialista «Republikanische Schutzbund»... Mucho más cercano a Mussolini que a Hitler, que amenazaba con engullirse, como aconteció en 1938, la misma República austríaca, en junio de 1933 puso fuera de la ley al partido hitleriano austríaco y siguió construyendo el sistema corporativo, que quería inspirado en la encíclica *Quadragesimo anno*, del papa Pío XI.

El diario católico español por excelencia siguió con interés y simpatía el proceso del régimen austríaco. El 6 de junio, informaba sobre la firma del concordato entre Austria y la Santa Sede, el día anterior, en el Vaticano, entre Dollfuß y el cardenal secretario de Estado, Pacelli, y sobre la condecoración del canciller por el Vaticano con la Gran Cruz de la Orden Piana.<sup>26</sup>

Un editorial de principios de agosto encomia el gobierno del católico canciller austríaco, que un día llegó a declarar su intención de «llevar el catecismo a la nueva Constitución». Señala su patriotismo y amor al país sin excesos nacionalistas; la

---

peor que el militarismo prusiano de tiempos de Bismarck, *Ibidem*, «Nota Internacional. Cómo renueva Hitler los valores humanos», 2 de julio de 1933.

<sup>25</sup> «El Concordato en Alemania», *El Debate* 25 de julio de 1933.— Dos días antes, titulaba a toda primera página, en clara alusión al caso de España: «Libertad de la Iglesia Católica para enseñar y poseer en el Concordato alemán».

<sup>26</sup> «Ayer se firmó el Concordato con Austria», *Ibidem*, 6 de junio de 1933.

contención del racismo hitleriano; su combate contra el «dogma marxista»; la obtención de un empréstito de las grandes potencias para resolver el problema económico del país; sus propósitos corporativistas... Incluso para la creación de un Senado de regiones y corporaciones «le estorbaban los socialistas, cuya razón de ser es la discordia civil». Pero aun éstos «empiezan a comprender que, combatiendo al canciller, arriesgan la existencia de su partido y de la nación».<sup>27</sup>

La defensa del sistema corporativo es una constante en la prensa católica de este tiempo. En la semana siguiente, el mismo periódico hace una exposición somera sobre el corporativismo e informa acerca de la extensión de tal sistema económico-social en Europa.<sup>28</sup> Poco más tarde, en otro editorial, alaba igualmente el Estatuto del Trabajo Nacional, de Portugal, dentro de la nueva Constitución de marzo de ese año, «republicana, unitaria y corporativa», y desea «el éxito de una política que se ha iniciado y se desarrolla con muchos menos violencias y daños que en todas las revoluciones de carácter nacional y orgánico surgidas en los últimos tiempos».<sup>29</sup>

En cuanto al fascismo español, representado por el pequeño grupo «jonsista» (JONS), que se mueve desde marzo de 1931, en torno al intelectual Ramiro Ledesma Ramos, apenas si en la prensa socialista se le concede importancia por sí mismo, pero el director del órgano oficial comienza a escribir una serie de artículos, con la parte primera del título «El tema de ahora», que enlaza pronto sagazmente con el tema político capital del partido, que es la revolución socialista en ciernes.

«Nuestro fascismo —leemos a mediados de marzo— amenaza ensayarse de una manera harto precaria y lamentable. Su nacionalismo no le prohíbe tomar indistintamente colores y maneras de los fascismos victoriosos. (...) En cuanto a lo que pudiera presentar como médula, no pasan de ser ideas aldeanas y confusas. No amenaza peligro». Peligroso fue el alzamiento de Primo de Rivera en Barcelona, que «no supo jugar su carta» y «perdió». Y «es inútil todo intento de reanudar la partida. Los «croupiers», aunque sean buenos, no tienen nada que hacer aquí». Aquél fue «nuestro Mussolini»: «Un Mussolini español, improvisador y desventurado». Llegó a su hora y quiso hacer a su manera un fascismo español: «Sus epígonos no tendrán mejor suerte». No obstante, para impedir el desarrollo del fascismo, «bien estará usar de los medios legales, pero no resultará del todo mal, tomar por la calle de en medio y liquidar, a la manera fascista, con el fascismo» (*sic*).<sup>30</sup>

<sup>27</sup> «Para constituir un nuevo Estado», *Ibidem.*, 10 de agosto de 1933.

<sup>28</sup> «Economía ordenada y corporativismo», *Ibidem.*, 17 de agosto de 1933.

<sup>29</sup> «El corporativismo portugués», *Ibidem.*, 25 de agosto de 1933.

<sup>30</sup> «El tema de ahora: La preocupación del fascismo», *El Socialista*, 18 de marzo de 1933.— Ese mismo día, se informa en el mismo periódico que varias organizaciones socialistas de la capital de

## LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

Íntimamente unido con el tema ideológico y político anterior está la llamada «revolución socialista», o sus equivalentes: la «revolución violenta», la «insurrección armada», la «insurrección violenta», el «movimiento insurreccional»..., que fueron el estribillo de buena parte del partido socialista de España, a partir sobre todo del discurso en Ginebra, en junio de este año, del ministro de Trabajo, Francisco Largo Caballero, líder del ala izquierdista, del que hablaremos más adelante. Pero mucho antes de esa fecha, lo encontraremos a cada paso, de forma más o menos precisa y clara, en la documentación socialista.

Tras la nueva insurrección anarquista, a comienzos de enero de 1933, en Cataluña, Aragón y La Rioja, y sobre todo tras la matanza de campesinos miserables en Casas Viejas (Cádiz) a manos de los guardias de asalto, el Gobierno se muestra más débil que nunca, y varios partidos republicanos, especialmente los republicanos radicales de Lerroux, organizan la obstrucción en las Cortes, y hacen todo lo posible porque la coalición republicano-socialista, pilotada por Manuel Azaña, abandone el poder. Ni que decir tiene que el grupo agrario, en el que se cobijan los diputados de Acción Popular, así como otros grupos derechistas de la Cámara ven con manifiesta simpatía esta operación y la secundan.

En su conferencia dada en el cine de la Prensa, de Madrid, el domingo 5 de marzo, Indalecio Prieto, diputado socialista por Bilbao y ministro de Obras Públicas, que ha declarado fervorosamente, entre fuertes aplausos, su internacionalismo español y su españolismo internacionalista, manifiesta que no les asusta la lucha cuerpo a cuerpo contra la teocracia y la plutocracia. Lo que temen los socialistas es que, por unas o por otras causas, «alguien entregue a esas fuerzas enemigas, cobarde o traídoramente, las llaves de la fortaleza de la República española», frase que arranca muchas ovaciones: «Todo esto estamos dispuestos a impedir luchando, como hemos luchando siempre dando el pecho, desdénando las agresiones de encrucijada». Han cultivado la ilusión de que podía darse en España una «evolución hondamente social», que hiciera de esta nación «un espejo de democracia social». No creen, a pesar de todo, que este camino se les cierre, que se obstruya e imposibilite esa «válvula de sus ilusiones», porque entonces «la decepción y el desengaño llevaría a las muchedumbres proletarias

---

España y de la provincia de Madrid, así como de la de Vizcaya, adoptan medidas de choque frente a las actuaciones fascistas; la Federación Gráfica Española de Castilla La Nueva ha dado órdenes para que sus afiliados se nieguen a confeccionar la revista *El Fascio*, y la Junta administradora de la Casa del Pueblo de Madrid ha acordado manifestarse en el mismo sitio donde se celebre un mitin fascista, *Ibidem*, «Ante los brotes fascistas», 18 de marzo de 1933.

por los caminos irreflexivos de la violencia, muchas veces suicida, cuando no es sabiamente encauzada. Y tememos por la República y tememos por España».<sup>31</sup>

Éste fue uno de los argumentos más socorridos al defender la preparación de la revolución violenta en España, una revolución aparentemente «defensiva»: la necesidad de defender la República democrática y sus mejoras sociales, y la necesidad de impedir que alguien cerrase el paso hacia otras mejoras de esa democracia, hacia otras «ilusiones». Pero siempre con la condición, implícita, de que la definición de esa República, de esa democracia y de esas ilusiones corriera de su cuenta. Eso aparece claro en todos los discursos de Azaña, hombre fuerte y todo un símbolo de esa República. La República la trajeron los republicanos, la defienden los republicanos y la gobiernan los republicanos. Ésa y no otra. Los demás, o entran en sus prietas filas o son sus enemigos declarados.

Cinco días después, replicando al rotativo católico, que defiende la revisión constitucional, tan antigua como la misma Constitución, afirma *El Socialista* que ellos no piensan en ninguna revisión constitucional, como las derechas no republicanas, y que tampoco amenazan: «Quienes amenazan siempre son los clericales. Cuando no amenazan, es que han hecho presa. El designio de revisión constitucional ¿es o no una provocación? Todavía si las derechas aceptaran de modo expreso los trámites democráticos... Pero ¿cómo fiarnos de un sector político aliado espiritual y material al fascismo, italiano, de Hitler y de Horthy?».<sup>32</sup> Todavía aquí se habla de «trámites democráticos».

Una contundente respuesta, y por elevación, llega desde el diario católico de la editorial católica, que distingue en el socialismo una etapa más positiva, la sindicalista y reivindicativa, de otra política, reformista-revisionista, que considera un rotundo fracaso: Bélgica (1926), Alemania (1928), Inglaterra (1931), Australia (1932).

Tomando frases autocríticas de Henri de Man, dice que debieran haber abandonado «programas exhaustos» e «instrumentos ya inútiles» para transformar hondamente el Estado, que otros movimientos han emprendido. «Empiezan a escucharse entre nosotros —continúa el editorial— voces de movilización y a sentirse amagos

<sup>31</sup> «El acto del domingo en Madrid. Examen y justificación de una política. Conferencia de Indalecio Prieto en el cine de la Prensa», *El Socialista*, 7 de marzo de 1933.

<sup>32</sup> «Réplica a *El Debate*: El Estado, la Constitución y el revisionismo», *Ibidem*, 10 de marzo de 1933.— El diario católico había publicado el día 8, en la sección habitual «Lo del día», respondiendo a su vez a otro comentario del periódico socialista, una defensa del derecho a la revisión constitucional, que nació al mismo tiempo que nacía la Constitución, sectaria en lo que a la Iglesia atañía, como lo manifestaron mejor que nadie el entonces presidente provisional de la República, Niceto Alcalá Zamora, y el ministro de la Gobernación, Miguel Maura, que dimitieron de sus cargos y anunciaron dicha revisión.

de dictadura social». <sup>33</sup> Pero se equivocan si creen que con este radicalismo van a «devolver a la idea socialista una fecundidad política de que siempre ha carecido». Porque «el socialismo ha agotado su eficiencia, ha exterminado su virtualidad, se encuentra exánime». Carente de un ideal político, «de bien común»; enemigo por principio de toda idea de integración social, de construcción armónica, «el socialismo, como sistema de gobierno, es totalmente estéril; menos: es incapaz siquiera de equilibrio». De aquí que «esté llamado a sucumbir a manos de otros, ya sea de un comunismo desbocado — tal es el caso de Rusia —, ya de aquellos partidos que, teniendo como él, un contenido social y económico, le aventajan en contar, además, con un ideal, aunque no esté libre de máculas, como el nacionalismo socialista germánico». Y este es el fenómeno del día: «El socialismo, políticamente, muere. Y muere porque su mezquino materialismo le sofoca. Sirvió tal vez para mantener cuerpos, pero no tiene alimento que dar a los espíritus». <sup>34</sup>

Tres días adelante, en el artículo citado de la serie socialista donde tratan del incipiente fascismo español, <sup>35</sup> deducen, por su parte, de ciertos tonos del diario monárquico *ABC* de todos esos días, «la posible inminencia de una nueva intentona». <sup>36</sup> Pero los socialistas tienen previstas todas las contrarrevoluciones presentes y futuras. No son liberales en ese sentido y quienes lo eran han dejado de serlo. No son como sus padres, incapaces de organizarse e incapaces de defenderse. Hasta los más refractarios «están aprendiendo en la lección alemana. ¡Dura lección! Demasiado dura para que prospere el sentido humanista <sup>37</sup> en el preciso momento en que se nos requiere para una contienda difícil. Hiciera falta la guerra civil, y no sería ocasión de vacilar».

Está abierta la pista y por ella se va a deslizar el PSOE. La «lección» de los socialdemócratas alemanes, maldecidos a cada paso por no oponerse a Hitler y hasta por haberle facilitado el paso, y la más tardía de los social demócratas austríacos, por haberse opuesto demasiado tarde — febrero de 1934 —, cuando las circunstancias les eran muy desfavorables, son otros nuevos argumentos para preparar, y preparar pronto la revolución socialista en España. Si exceptuamos

---

<sup>33</sup> En un editorial anterior, de mediados de febrero, comenta el diario un discurso de Azaña, en el que se gloriaba de haber incorporado a la política activa a las masas trabajadoras. Y le responde tajante: «Nada, pues, de equívocos. Política social, política popular, incorporación al gobierno del Estado de las auténticas clases trabajadoras, perfectamente. Pero imposición y hegemonía de una clase, dictadura de un partido y de un partido que es enemigo de la sociedad misma, eso, de ningún modo, *El Debate*, «Hegemonía de clase y dictadura de partido», 19 de febrero de 1933.

<sup>34</sup> «La importancia política del socialismo», *Ibidem*, 15 de marzo de 1933.

<sup>35</sup> «El tema de ahora: La preocupación del fascismo», cit.

<sup>36</sup> Se refiere sin duda no a una intentona más anarquista, sino a la intentona militar-monárquica del 10 de agosto, llamada popularmente «la sanjurjada», por ser su máximo dirigente José Sanjurjo, entonces director general del cuerpo de carabineros.

<sup>37</sup> Clara alusión al libro del ministro socialista Fernando de los Ríos, autor de *El sentido humanista del socialismo*, Madrid, 1926.

la Federación de las Juventudes Socialistas de España y su revista *Renovación*, dirigida por Santiago Carrillo desde 1932, nada fue más eficaz que el diario oficial *El Socialista* para ir ganando la opinión de los muy diferentes socialistas españoles hacia esa opción extrema.

Justamente, los jóvenes socialistas celebran el domingo, 19 de marzo, el aniversario de Marx en la Casa del Pueblo de Madrid. Uno de los oradores es el redactor de *Renovación*, Carlos Hernández Zancajo, próximo presidente de la Federación juvenil, quien compara, pertrechado con textos de Marx, la revolución francesa de 1848 con la revolución actual española, en la que Lerroux, bestia negra del partido socialista en esos momentos, sería «Napoleón el pequeño». Ante el afán de instaurar en España, según Zancajo, «una dictadura republicana», a la hora en que Hitler se impone en Alemania, la lucha —que ellos desean— no les coge de sorpresa: «Hemos hecho una revolución política. Vamos a una revolución económica por una dictadura del proletariado, por la conquista del Poder para la clase obrera».<sup>38</sup> Este estribillo, coreado en esta ocasión por una nutrida salva de aplausos, no se les caerá de los labios ni de las plumas a los jóvenes socialistas españoles hasta el mismísimo octubre de 1934.

Ese mismo día, Zugazagoitia escribe en el diario de su dirección otro de los artículos de la serie, poniendo como chupa de dómine a ciertos liberales, que no son otra cosa que liberales, a los que espeta la vieja pregunta de Lenin: «¿La libertad para qué?» y asevera, que «en ese movimiento que congrega el señor Lerroux hay levadura fascista». Obligados a elegir, los socialistas prefieren la dictadura de Rusia sobre las de Alemania, Italia o Hungría, países todos donde la «libertad está muerta y enterrada», y en Alemania, de cuerpo presente. Y repite el lema, que se hará célebre y que se repetirá en mítines, editoriales y en toda clase de propaganda: «Dictadura por dictadura, la nuestra». Y, como es habitual en la serie, al final aparece el aviso, cuando no la amenaza: «Liberales en todo, dejan de serlo al tropezar con nosotros: «Hay que echarlos a patadas». Y así, como quien no quiere la cosa, «cerrando un paso legal, se nos empuja... Ellos saben a qué. Y si lo ignoran, ocasión tendrán de aprenderlo».<sup>39</sup>

De nuevo será el «non nato» fascismo español, pero relacionado con el mucho más temible fascismo alemán, una nueva ocasión para urgir la necesidad de la preparación ante el peligro. El «fascismo non nato, pero potenciado por la malaventurada oposición parlamentaria», «socorrido por las Empresas económicas y los terratenientes»; temiendo, además, capitulaciones como las de la Socialdemocracia y siguiendo el consejo que les envía el líder austríaco Otto Bauer desde Berlín: «Que nuestros compañeros de España no incurran

<sup>38</sup> «En la Casa del Pueblo. Importante mitin de las Juventudes Socialistas en el aniversario de Marx», *Ibidem.*, 21 de marzo de 1933.

<sup>39</sup> «El tema de ahora: El reproche de los liberales», *Ibidem.*, 21 de marzo de 1933.

en nuestros mismos errores»... —«En eso estamos», responde el director de *El Socialista*. Y por ende, la necesidad de prepararse cada uno en su «capacidad para el mando», en su «capacidad de organización», para que cuando llegue la hora, puedan exclamar jubilosos: «¡Estamos preparados! E iniciar, con el mejor ardimiento, la etapa difícil de una transformación indispensable».<sup>40</sup>

El día 20 de marzo habló el diputado socialista por Madrid capital y presidente de las Cortes, Julián Besteiro, en el teatro María Guerrero de Madrid, con motivo del cincuentenario de la muerte de Marx y de la clausura de la semana cultural de las Juventudes Socialistas. El presidente de la UGT y antiguo presidente del PSOE, además de exponer el pensamiento revolucionario de Marx, defendió la República democrática, puso en guardia contra todo tipo de violencia y contrapuso a la doctrina leninista sobre la dictadura del proletariado la de Rosa Luxemburgo, apelando muy directamente, al final de su discurso, a huir de todo extremismo y de toda veleidad revolucionaria.

El director de *El Socialista*, que nunca firma con su nombre, se refiere, diez días después, aunque sólo genéricamente a las varias reacciones surgidas al discurso de Besteiro, pero se ratifica, «ce por be», en el lema antes mencionado y en otras expresiones similares que expresan algún tipo de violencia. Ante una amenaza de dictadura fascista, del tipo de la italiana o de la alemana, e ineficaces los recursos democráticos, «nuestra actuación — se justifica — precisaría caracterizarse por una acometida a fondo, tomando del dilema [vencer o morir] lo único que puede convenir a la clase trabajadora: su triunfo».<sup>41</sup>

La democracia burguesa y su inanidad es otro de los tópicos que comienzan a ponerse de moda. Los socialistas —aseveran a principios de abril— no van a hacer nada para salirse de la legalidad, pero dudan seriamente de que la burguesía sea capaz de conservarse fiel a la doctrina democrática, si ésta no le asegura su predominio. En Italia no vaciló y se identificó con el fascismo. En ese país y en Alemania no son los socialistas precisamente los que ponen en trance de muerte la democracia. Aquí, en el Parlamento y fuera del Parlamento, a cada paso se habla de «redimir a la Republica de la tutela socialista».

Es, pues, natural que la desconfianza lleve a los socialistas a prepararse «para cuando se quiera dar por caducada, en contra nuestra, la democracia. (...) No se trata de arrancar en una carrera loca hacia el Poder, sino más bien de asegurarnos que no nos será arrebatado, cuando de derecho nos pertenezca, por haber descubierto los padres de la democracia que la democracia no les sirve para derrotar a los trabajadores. Llegado este trance, la democracia nos estorbará a

<sup>40</sup> «El tema de ahora: La necesidad de prepararse», *El Socialista*, 24 de marzo de 1933.

<sup>41</sup> «El tema de ahora: La supuesta posición catastrófica de los socialistas», *Ibidem.*, 30 de marzo de 1933.

todos, pero con más razón que a ellos, a nosotros. Las últimas noticias políticas que se comentaron ayer [el boicot a las escuelas judías en Alemania] indican a las claras lo que podemos esperar de la democracia burguesa». <sup>42</sup>

Alejandro Lerroux, el responsable de la relativa obstrucción parlamentaria, que indigna en estas semanas al gubernamental partido socialista, sigue siendo para éste mucho más peligroso que Ledesma Ramos o que los grupos que redactan *La conquista del Estado* o *El Fascio*. Y, éste será otro de los lemas de la campaña: frente al fascismo no hay otra salida que el socialismo. Dentro de una diatriba enérgica, un tanto enrevesada, contra los republicanos históricos, el autor de la serie reconoce que los socialistas españoles, tras la hipoteca de 1931, no son libres hoy por hoy de propugnar «por soluciones francamente socialistas», pero cuando lo sean, lo propugnarán, haciendo así un buen servicio a la República española, instalada no en el siglo XIX, sino en el XX, «bastante después de una revolución socialista». Lo que quiere decir, según él, que «no hay más que dos caminos: el fascista o el socialista». Nadie se engañe: «Detrás del señor Lerroux está sin duda el fascismo o su equivalencia: predominio burgués, sometimiento de los obreros campesinos, traída a razón de los obreros industriales...». Y bien, ninguno de ellos votó por una República de este tipo: «Votamos por la otra. Por la de carácter y fisonomía socialista. Y continuamos votando por ella. La otra está en nuestros museos de historia. Véasela en el año 1873». <sup>43</sup>

El manifiesto de Primero de Mayo es una buena ocasión para resumir los ideales de todo un año, y más tras el fracaso, bien que relativo, en las elecciones municipales parciales del pasado 23 de abril, celebradas en 2.477 pueblos de toda España. Y, aunque la Unión General de Trabajadores, mucho más numerosa que el partido, esté presidida por Julián Besteiro y sus compañeros, marxistas templados y realistas, el escrito deja nítidamente claros algunos de los principios y consignas, ya habituales en el partido dirigido por Francisco Largo Caballero y en la mayoría caballerista, fundamentalmente revolucionaria, aunque todavía discreta, por formar parte del Gobierno de la República.

Redactado por el PSOE y por la UGT, y firmado por sus secretarios generales, a favor de la libertad y la defensa de la República, contra el paro forzoso, por la jornada de cuarenta horas y contra la producción de armamentos, el manifiesto sostiene también que no hay libertad «para restablecer la dictadura burguesa» y que no deben olvidar «quienes se propongan sustituir el contenido de esta República» que «los obreros organizados política y sindicalmente son, por sus aspiraciones y por su historia, fundamentalmente revolucionarios». Tras maldecir las armas y el sentimiento de revancha y conquista, y recordar que su

---

<sup>42</sup> «El tema de ahora: Reiteración indispensable», *Ibidem.*, 2 de abril de 1933.

<sup>43</sup> «El tema de ahora: La República de los republicanos», *Ibidem.*, 5 de abril de 1933.

patriotismo no fue jamás ni es el de los capitalistas, pues se funda «en el amor y bienestar de todos los nacidos», declaran que ese patriotismo, los lanzaría, en último extremo, en unión de sus hermanos de clase, «contra la clase capitalista en lucha santa para poner fin a su dominación y a su criminal conducta». «Odiarnos la guerra — escriben en uno de los párrafos, queriendo paliar la contradicción —, a pesar de que quizás debería hacérnosla amable la fundada esperanza de que, a su término, el único victorioso fuera el proletariado».<sup>44</sup>

Verdaderas amenazas ve el diario de Francisco de Luis en unas palabras de Prieto, que, como era ya habitual por entonces en su partido, se quejaba de que se les empujaba a perder la confianza en el Parlamento y en las instituciones de la República: «La democracia la quieren los socialistas como instrumento», y, si tal instrumento no les sirve, prescinden de él: «Son lógicos en sus aspiraciones de dictadura». Pero suponen a los demás demasiado ingenuos, cuando les piden que sigan permitiéndoles el uso de tal instrumento para sus «tiránicos fines»: «El Gobierno, al dictado de los socialistas, se obstina en seguir una política que el país entero repudia, y como ese hecho es indudable, poco representan ante la voluntad nacional las amenazas del socialismo».<sup>45</sup>

Ya desde que comienza la obstrucción parlamentaria, relativa, en febrero de 1933, varias voces se alzan en el partido socialista, sobre todo entre sus juventudes, contra el Parlamento y a favor de abandonarlo. La revolución socialista, probablemente violenta, no parece compatible con la vida parlamentaria, clave de la democracia denostada como burguesa. Tal es el título de un artículo que aparece en el órgano del PSOE a mediados de abril: «Allá quienes contraigan la responsabilidad de cerrarnos el camino de la victoria legal. Aspiramos a vencer dentro de la democracia, limpiamente. No nos acusará la conciencia de habernos salido por propia voluntad del área legal, pero tampoco podrán acusarnos los trabajadores de haber perdido el tiempo por un suicida fetichismo legalista. El caso de Alemania ¡no!».<sup>46</sup>

<sup>44</sup> «Manifiesto del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores», *Ibidem.*, 26 de abril de 1933.

<sup>45</sup> «Lo del día. ¿Amenazas todavía?», *El Debate*, 30 de abril de 1933.

<sup>46</sup> «El tema de ahora. ¿En el Parlamento? ¿Fuera del Parlamento?», *El Socialista.*, 17 de mayo de 1933.— Pocos días después, un breve editorial informaba de que 48 diputados socialdemócratas alemanes, de entre 65 presentes, dieron, el día 17 de mayo, en el Reichstag el voto de confianza a Hitler en punto a política internacional, temerosos bien de ser acusados de alta traición, bien de ser liquidados, ante las amenazas proferidas por el ministro del Interior, Frick. Contradecían así la anterior declaración conjunta del 23 de marzo, en la que unían la reivindicación de los derechos en el interior y en el exterior. Y se abrió un abismo entre ellos y los que se oponían al «despotismo hitleriano»: «Todo esto implica una renunciación a la actividad política en general, una abdicación ante el régimen y coloca a la Socialdemocracia alemana en una situación difícil para su desenvolvimiento y reconstrucción», *Ibidem.*, «Una jornada lamentable para la Socialdemocracia», 1 de junio de 1933.

En el acto público de conmemoración de la Comuna de París, organizado por la Juventud Socialista de Madrid, presidida por el caballerista Enrique Puente, el miembro de la dirección nacional de Juventudes, Antonio Cabrera, elogia a los revolucionarios de París, pero apunta algunos de sus errores, como el de su «legalismo ridículo», que ahora se llama «juridicismo», lugar común abominado en la literatura juvenil socialista del tiempo. Alza luego el tono al tratar de la lucha de clases y cita con entusiasmo los artículos de *El Socialista* durante esta temporada —que, quiere creer, responden a «algo más que al criterio de la Redacción»— en pro de una política socialista «mucho más socialista que la que hasta hoy hemos venido haciendo (Grandes aplausos)». Lo que no quiere decir —añade— que se niegue el papel revolucionario de la burguesía, que lo ha cumplido, por ejemplo, votando el proyecto de ley sobre Confesiones y Congregaciones religiosas. «Pero la burguesía, en un determinado momento en la Historia —remata—, se agotará y nosotros continuaremos nuestro camino».

El secretario-tesorero del partido, Enrique de Francisco, que habla en la misma sede a título personal, tras insistir también en la lucha de clases, como un hecho, no como un principio, une la revolución parisiense, de «románticos y sentimentalistas», con la revolución rusa. Por muchos errores que ésta haya cometido, como el de aislarse del movimiento socialista mundial, «es faro guía para la clase trabajadora». Y se pregunta retóricamente: ¿Será Rusia una «Commune» que «abra a la Revolución socialista mundial su camino? ¿La seguirá España en esa posición revolucionaria? ¡Quién se declara profeta!». Pero lo admite como argumento para su tesis. Volviendo a la situación española, enfatiza que ahora pretenden algunos arrojar a los socialistas españoles del poder: pero ahora, cuando «el partido se ha empeñado en una situación de construcción revolucionaria, no puede marcharse. Ahora menos que nunca, aunque todos tengamos grandes deseos de ello». Y concluye un tanto enigmáticamente: «Cuando las circunstancias exijan nuestra marcha, la burguesía gobernará a su placer. Nosotros mientras tanto tendremos una labor nuestra que realizar. La labor que realizaremos en el momento oportuno, por encima de la burguesía, que habla hoy de gobernación socialista y aún no sospecha lo que un Gobierno socialista puede significar».<sup>47</sup>

Esa constante predilección por Rusia, que acabará siendo un entusiasmo generalizado en toda España, comenzando por Zugazagoitia, que la visitó y escribió dos libros sobre el paraíso soviético, es otra de las notas constitutivas de la propaganda socialista al predicar la revolución durante los próximos meses. Es también otro de los frentes dialécticos con la prensa católica.

---

<sup>47</sup> «En la Casa del Pueblo. La Juventud Socialista Madrileña conmemora el aniversario de la Commune», *Ibidem.*, 7 de junio de 1933.

A los pocos días de haber publicado madrugadoramente el manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, recientemente creada, en cuya lista estaban muchos socialistas, pero también algunos republicanos e intelectuales moderados y conservadores, *El Debate* termina su editorial diciendo que «mejor que «Amigos de la Unión Soviética podía llamarse la nueva agrupación «Al Servicio de la República Soviética».<sup>48</sup> A la primera noticia de su colega católico contestó largamente el portavoz informativo del PSOE recalcando la pluralidad de la asociación de «amigos» —Baroja, Benavente, el republicano radical Salazar Alonso...—, en la que sólo la minoría eran comunistas, así como la finalidad de la asociación, que no es otra que «decir y ayudar a conocer la verdad sobre la URSS». Critica la postura hostil de la prensa «fascistizante» de Madrid: «¿Quién que no sea un bárbaro, de espaldas a la Historia y al mundo» —se pregunta—, no sentirá al menos curiosidad por «la revolución más profunda y más auténtica que han visto los siglos?». Se mofa asimismo de que el «diario jesuita» presente el manifiesto con este título: «Trotski tenía razón: Más cooperadores burgueses a la propaganda soviética». Sí, reconoce el órgano socialista, la prensa burguesa liberal, no la clerical, hace propaganda del régimen soviético, porque no puede menos: «La actitud hostil al hecho ruso es, a estas alturas, una puerilidad. Quince años de sacrificios heroicos en el pueblo de más ámbito de Europa no pueden sustraerse a la curiosidad y a la simpatía de los sectores inteligentes y progresivos de la sociedad burguesa». Y termina, mordaz: «Con sus palabras, siempre en contradicción con sus obras, ganó adeptos la Iglesia. Con sus obras, no con sus palabras, comienza a interesar el Socialismo a quienes siempre se defendieron de él».<sup>49</sup>

A finales de junio, al comentar el anuncio de su contendiente informativo sobre el próximo reconocimiento de la URSS por el Gobierno español, escribe el diario dirigido por Francisco de Luis: «Lo que menos importa a los propugnadores del acercamiento hispano-sovietista es el interés y la conveniencia de España. Les impulsa el odio de clase o el prejuicio del partido. Como a los gobernantes de Moscú, que miran tan sólo a las probabilidades de una revolución comunista en nuestro país. He aquí por qué el señor De los Ríos [don Fernando], en el ministerio de Estado, es otro peligro socialista».<sup>50</sup>

El reconocimiento oficial por el Gobierno de la República española de la URSS, es para el periódico católico mucho más que un «gesto simbólico»: es sobre todo un «ademán marxista, un saludo al comunismo, y un avance más de la revolución»; una nueva marca del socialismo en los actos gubernamentales, que «espera un refuerzo», ante el cual los republicanos españoles no han

<sup>48</sup> «Los «Amigos de la Unión Soviética», *El Debate*, 23 de abril de 1933.

<sup>49</sup> «Actitudes puentes. La propaganda soviética», *El Socialista*, 19 de abril de 1933.

<sup>50</sup> «Otro peligro socialista», *El Debate*, 22 de junio de 1933.

esbozado un acto de desagrado, porque no tienen «bríos para oponerse a los socialistas, ni valor moral para separarse de ellos».<sup>51</sup>

Excesivo le parece al órgano socialista el «elogio» que le llega de su colega madrileño, y comenta sardónico: «Hitler, tan alabado por el colega, no se ha creído en el caso, pese a su iracundia antimarxista, de poner término a unas relaciones de las que la industria alemana ha conseguido tantos provechos».<sup>52</sup>

El 8 de junio se abrió una crisis parcial de Gobierno, y el presidente de la República llamó a consultas a los líderes de los partidos y otros notables. Don Niceto Alcalá Zamora ofreció a Prieto la presidencia del Consejo. Pero se opusieron Largo Caballero y su mayoría, y Azaña siguió en el poder, y con él los tres ministros socialistas.

El PSOE, a pesar de su prosa antiparlamentaria y antiburguesa de ciertas ocasiones, quiere seguir en el Gobierno de carácter burgués. Y juega todas sus cartas en el empeño. Ante el riesgo de que las derechas, «que tienen prisa, demasiada prisa», se adueñen del poder, para volver a «épocas abominables», desde las páginas del diario oficial se amenaza, en términos todavía algo velados y como defensivos, con la violencia necesaria y bien organizada: «Resucítense los viejos tinglados y tingladillos, hágase siquiera ensayo provisional al amparo del Poder, apóyese desde el Gobierno a lo que debió morir el 14 de abril de 1931, y los socialistas no regatearemos violencia. Pero violencia no al estilo anarquista, sino bien meditada y organizada. Hasta donde alcancen nuestras fuerzas iremos. Nada nos asusta. Ni la derrota ni la victoria que a tanto nos obligaría. ¿Se quiere una posición más clara?».<sup>53</sup>

## LAS ÓRDENES Y CONGREGACIONES RELIGIOSAS

Durante los años 1931 y 1932 las órdenes y congregaciones religiosas, especialmente la Compañía de Jesús, fueron uno de los objetivos principales de la crítica socialista, y hasta de un cierto encarnizamiento. Era la única ley constitucional, con base en el artículo 26 de la Constitución, que restaba por aprobar. El

<sup>51</sup> «Un gesto simbólico», *Ibidem.*, 28 de julio.

<sup>52</sup> «Un éxito socialista»: El restablecimiento de las relaciones con Rusia», *El Socialista*, 29 de julio de 1933.— *El Debate* informaba en su número del 25 de agosto del «placet» concedido por el Gobierno soviético al entonces embajador de España en Méjico, el socialista Julio Álvarez del Vayo. Hijo de un general, cursó la carrera de derecho, y becado por la Junta de Ampliación de Estudios, estudió economía y política en varios países europeos. Fue corresponsal de importantes diarios españoles y americanos. Masón y más tarde, miembro del partido Comunista Español durante cuatro años, visitó Rusia y escribió dos libros sobre ella. No pudo tomar posesión de su cargo en Moscú, al paralizar en septiembre el nuevo Gobierno republicano-radical el reconocimiento diplomático de la URSS.

<sup>53</sup> «Sabremos administrarnos. El Socialismo fuera del Gobierno», *Ibidem.*, 8 de junio de 1933.

7 de octubre de 1932, aprobó el Consejo de ministros el anteproyecto, que fue leído el 14 del mismo mes en el Parlamento; el 1 de diciembre, se leyó el dictamen de la comisión parlamentaria; el texto comenzó a debatirse en las Cortes el día 2 de febrero de 1933 y fue aprobado el 17 de mayo por 278 votos contra 50.<sup>54</sup>

Conviene tener en cuenta para entender lo que sigue que la Constitución, de la que toma causa la presente ley constitucional que se debate en las Cortes, prohíbe «ejercer la industria, el comercio o la enseñanza» a las órdenes religiosas (art. 26); instituye la enseñanza laica y sólo reconoce a las Iglesias «el derecho, sujeto a inspección del Estado, de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos» (art. 48); y que la nueva ley prohíbe taxativamente a las órdenes y congregaciones religiosas «crear o sostener colegios de enseñanza privada, ni directamente ni valiéndose de personas seculares interpuestas» (art. 29).

La firma habitual en *El Socialista* sobre la ley y contra las órdenes y congregaciones religiosas fue la de Margarita Nelken, diputada por Badajoz desde octubre de 1931, autora de las crónicas parlamentarias desde agosto de ese año hasta octubre de 1934.<sup>55</sup>

El 2 de febrero, el mismo día en que comenzaba debatirse en las Cortes el proyecto de ley, Nelken recogió en un artículo general y panfletario las acusaciones más graves que desde el inicio de la República se habían hecho públicas en los periódicos, en los mítines y en los discursos parlamentarios de toda la izquierda anticlerical. Ni sectarismo ni persecución religiosa —escribía ella—: mera defensa no sólo de la República, sino de un estado social y de una sociedad. Se puede ser una persona ecuaníme y juzgar que nada tienen que ver las congregaciones religiosas con el catolicismo, y ser muy devoto católico y al mismo tiempo «enemigo acérrimo de las órdenes monásticas, que constituían la mayor amenaza de ruina y decadencia nacionales». Y nos trae el ejemplo de la resistencia, en 1562, de toda la ciudad de Ávila a la fundación del monasterio de San José de carmelitas descalzas, con santa Teresa al frente. Pero, al fin y al cabo, las órdenes contemplativas, aunque inútiles, le parecen las más lícitas, las menos dañinas; ya que en un régimen burgués se tolera también a muchas gente inútil que se pasa la vida en bares o en campos de golf.

<sup>54</sup> Batllori, M. — Arbeloa, V. M., *Esglesia i Estat durant la Segona República Espanyola, 1931-1936*, III, 3ª i 4ª part, 1981, Monestir de Montserrat, publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp. 561-1114. Sobre la disolución de la Compañía de Jesús, *Ibidem*, II, 1ª i 2ª part, 1975, pp. 319-325, 331-337 y 363-445.

<sup>55</sup> Nació en Madrid en 1894 de padre alemán, joyero; tuvo una exquisita formación en el Liceo francés de la capital y en París, donde amplió estudios de pintura, dibujo y música; escritora, novelista y crítica de arte, escribió en algunos de los mejores diarios y revistas; españoles y extranjeros; en 1919 publicó su libro *La condición social de la mujer en España: su estado actual, un posible desarrollo*, y fundó en el barrio madrileño de Las Ventas la primera «Casa de los Niños» que hubo en España para madres trabajadoras; fue elegida vicepresidente del XII congreso del PSOE en octubre de 1932; perteneció a la facción izquierdista de partido.

Las órdenes y congregaciones religiosas que le parecen verdaderamente perjudiciales a Margarita Nelken son las dedicadas a la enseñanza, la industria y la beneficencia. Su actividad significa «el atraso cultural de España, el nivel mínimo de nuestros jornales, principalmente de mujeres», que tiene como resultado fatal «el alimento del contingente más considerable de la prostitución». Ridiculiza después la formación de la mujer española en las escuelas de pago, dedicadas a conseguir la letra picuda y a estudiar el catecismo y poco más, y en cuanto a las escuelas gratuitas, le basta decir que España es uno de los países con más analfabetos y a la vez con más órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza. Por su parte, los religiosos y religiosas dedicadas a la industria, no pagan contribución, no pasan la inspección, hacen trabajar horas excesivas a sus trabajadores y frecuentemente dan por todo sueldo una comida deficientísima. Incluso las hermanas de la Caridad, a las que, «a primera vista, resulta incluso ingrato combatir», dejan mucho que desear: los sanatorios son un negocio más, y en los hospitales son meras administradoras, dejando la parte más dura y desagradable del oficio al elemento seglar. Todavía peor, las hermanas de la caridad son las responsables, por su proselitismo fanático habitual, de pretender «aprisionar la conciencia de los no creyentes», la «máxima opresión sufrida a lo largo de toda una vida».<sup>56</sup>

Un segundo artículo, complemento del anterior, llegaba seis días más tarde, para negar todo sentido de responsabilidad a las religiosas y religiosos en sus trabajos, si no es ante sus superiores. En la escuela no enseñan la realidad histórica, sino leyendas, lo mismo se trate de los reyes católicos o de Fernando VII, sin dar cuenta a nadie de ello. Pero sobre todo la falta de responsabilidad es patente en las congregaciones dedicadas a la beneficencia, a causa de su irremisible proselitismo católico. Y recuerda el caso frecuente, hasta la llegada de la República, de las religiosas en las cárceles de mujeres, «convertidas en asilos de arrepentidas medievales». Las monjas en los hospitales siguen siendo irresponsables ante la sociedad civil, y en caso de cualquier transgresión sólo son castigadas con el traslado, decisión que pertenece por entero a sus superiores. Algunas religiosas, es cierto, han hecho la carrera de enfermera, pero eso no basta, si no han adquirido «la disciplina frente a una superioridad jerárquica», que pueda en un momento dado exigirles responsabilidad.<sup>57</sup>

A la combativa diputada por Badajoz viene a acompañarle el director del periódico con un artículo de fondo, en el primer lugar de la primera página, en el que no sólo se habla, indistintamente, de las órdenes y congregaciones religiosas, sino de la misma Iglesia, y sobre el que se vacía, en síntesis, todo el

---

<sup>56</sup> «Comentarios. De las Congregaciones, de la Caridad y de la Justicia», *El Socialista*, 2 de febrero de 1933.

<sup>57</sup> «Comentarios. De las Congregaciones y del sentido de responsabilidad», *Ibidem*, 8 de febrero de 1933.

contenido anticlerical y antieclesial, que era lugar común en el PSOE desde los primeros tiempos de Pablo Iglesias. La ocasión es una intervención en el último pleno de las Cortes del diputado por Guipúzcoa, el sacerdote Antonio de Pildáin, canónigo de Vitoria (futuro obispo de Gran Canaria), de la minoría vasca (anterior minoría vasco-navarra), buen orador y a veces exaltado católico. El tribuno eclesiástico, según Zugazagoitia, había reprochado a los socialistas su anticlericalismo y les había dicho cosas como ésta: «El anticlericalismo os resta energías para hacer la guerra al capitalismo».

El diputado por Badajoz, que le ha escuchado en la Cámara, considera ese y otros discursos como parte de una agitadora campaña privada y pública de la Iglesia contra la ley que se debate en la Cámara. De esa Iglesia, «que acumula bienes como cualquier sociedad anónima» y que no se diferencia de las Congregaciones, pues ambas tienen como finalidad «aumentar su poderío, para lo cual no escatiman medio alguno». «Toda forma de opresión —prosigue— o de expropiación de los humildes, o de fortalecimiento de las oligarquías tiene la adhesión de la Iglesia». Y pone un ejemplo reciente, aprendido en Italia y Alemania, como hemos visto en un apartado anterior: «A la Iglesia no le pareció mal el fascismo mientras no arremetió contra la escuela católica». ¿Y por qué todo esto? Porque la Iglesia «justifica, practica y defiende el régimen de salariado». Las órdenes religiosas, dedicadas a la industria «explotan más si cabe que la propia clase patronal». Iglesia y órdenes religiosas, en sus obradores de costura y planchado, pagan jornales mínimos, cuando no sólo «en oraciones», y trabajan en jornadas interminables.

«Las congregaciones religiosas y la Iglesia romana —se escribe más adelante— sancionan todo atropello de las reivindicaciones obreras. Defienden a los privilegiados. Aconsejan a los humildes resignación, negando los derechos de la clase productora. Repiten hasta la saciedad el estribillo antihistórico de que siempre habrá pobres y ricos. El capitalismo no cuenta con fuerza aliada más poderosa que la oligarquía religiosa. Desposeer a la Iglesia de privilegios es atacar al capitalismo en unas de sus facetas. Combatiendo a la Iglesia se combate la esclavitud material y espiritual del pueblo. La Iglesia y las congregaciones son incompatibles con la libertad y con el progreso». Lo que no hacen los socialistas es pronunciar discursos críticos, con las fórmulas del siglo XIX. Ahora votan leyes contra los privilegios de la Iglesia, sin aceptar «los consejos escolásticos del señor Pildáin».<sup>58</sup>

No se merecía esta vez Pildáin ese trato ni, colateralmente, ese rapapolvo. Como no suele ser raro, el director de *El Socialista* desfigura por completo el discurso del canónigo vasco, alabado incluso por Margarita Nelken.<sup>59</sup>

<sup>58</sup> «Del momento político. Cómo se defienden las Congregaciones», *Ibidem.*, 12 de febrero de 1933.

<sup>59</sup> En su crónica titulada «Impresiones parlamentarias» lo califica de «caso insólito que se recordará muchos días»: «Y fue entonces cuando el canónigo Pildáin, aquél que vino al Parlamento trayendo

Lo que ha intentado el orador vasco en su discurso en la Cámara, el día 10 de febrero, es todo un acercamiento dialéctico al partido socialista sobre la experiencia de valores comunes. Comienza apelando al santón socialista francés Jean Jaurès quien, partidario de la escuela laica, se oponía sin embargo a la supresión de las instituciones religiosas de enseñanza, y, en un alarde erudición, va citando nombres de clásicos anticlericales franceses, que en un segundo momento estuvieron en contra de la política anticlerical extrema de Combes. A éstos siguen los testimonios de juristas, diputados e intelectuales no católicos que, en épocas posteriores, defendieron la presencia y la obra de las congregaciones y asociaciones religiosas en la Francia europea y en los territorios y colonias de ultramar.

Tras de lo cual declara que siente una «simpatía especial», hacia el partido socialista: porque «siempre he estado convencido de lo que poco ha reconocía un insigne escritor católico, «que son de los hombres que más han trabajado por la liberación del obrero», y, «aun siendo incompatible la doctrina integral católica con la doctrina integral socialista, hay mucho puntos en que pueden ir juntas, y por eso, podéis creerme, he sentido yo en esta Cámara penas muy hondas, aunque en ello me quepa a mí alguna culpa también, porque yo no sé qué salto damos desde los pasillos hasta el hemiciclo, que parecemos personas distintas». Allí, simpatía y afecto, y aquí, sin distinguir siquiera entre intolerancia doctrinal e intolerancia personal... El que tanto la Iglesia como el partido socialista expulsen de sus seno a quienes reniegan de sus doctrinas, eso no se opone a que unos y otros se traten «con cortesía, con respeto, con cariño y con afecto, que son elementos primordiales de la vida y de la civilización contemporáneas».

Transcribe después el canónigo guipuzcoano unas palabras del laicista francés Guy-Grand lamentando que el laicismo de su país deje a su país solo y aislado, incomprendido, en medio mundo. Y cita en seguida la encuesta llevada a cabo a comienzos de siglo por la revista *Revolución Socialista* entre varios

---

acentos de guerra, solicitó de la presidencia permiso para hacer una cita. ¿Qué inspiración súbita, qué oleada de elocuencia, qué encendido impulso arrebató en aquel instante las potencias del señor Pildain? ¡Extraño misterio! Ello es que el señor Pildain convirtió la cita en capítulo y enhebró el más fogoso y acabado discurso que pudiera soñarse. Flúan las palabras que era una bendición. Y oda la política religiosa de Francia, con referencias históricas, fechas, textos, nombres y hasta equivocaciones del señor Pildain, para que todo hubiera, se dibujó ante los ojos atónitos de los diputados. Hablaba el señor Pildain, sin tregua, con calor de iluminado y poseído, además de un buen sentido que estábamos lejos de sospechar. Poco menos podíamos sospechar aún lo que vino después. Porque el señor Pildain, tras de fustigar duramente a los ricos y cantar a los pobres, grandes en su miseria, acabó por declararse socialista. Cristiano, claro es, pero socialista. Y ese es el hecho insólito que citábamos al comienzo. ¿Ya habrá quien dude de que estamos en alza? Cuando acabamos de perder un correligionario tan distinguido como el señor Sánchez Rivera, que ha dejado de ser socialista por la razón sencilla de que no lo fue nunca, he aquí que el señor Pildain, en alas de su oratoria, viene a consolarnos. ¡Dios se lo pague, señor Pildain! Y que él le aumente la caridad...», *Ibidem.*, 11 de febrero de 1933.

socialistas de todo el mundo, en la que Pablo Iglesias decía que era «una táctica equivocadísima el colocar en primer término como enemigo del socialismo al clericalismo, porque el enemigo mayor del obrero es el capitalismo». Táctica equivocada la de «entretener a los socialistas en estos movimientos anticlericales; es el más grave error de que puedan ser víctimas los que aspiran a acabar con la explotación humana». Cita asimismo, y entre comillas, las similares palabras de Kautsky, que recordaba a los socialistas alemanes lo ocurrido con el Kulturkampf de Bismarck, cuyas víctimas primeras fueron los curas y las segundas, los socialistas. Menta finalmente los nombres del italiano Ferri y del belga Vandervelde, que coincidían con las anteriores opiniones.<sup>60</sup>

Trae, además, a colación el ejemplo generoso y moderador de Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo, y sus palabras elogiosas para la acción social de la Iglesia. Todo lo cual le hace preguntarse: «¿Por qué no vais a hacer vosotros lo que otros socialistas no han dejado de hacer? ¿Por qué no vais a hacer vosotros lo que han hecho los socialistas alemanes? Ellos han sentido como vosotros el ansia y el amor de elevar al pueblo, de engrandecer al pueblo, de hacerle partícipe de los derechos que muchas veces se le han negado, y la culpa, en ocasiones, he de confesarlo, porque lo dijo expresamente el Papa, la culpa la han tenido muchos que llamándose católicos no lo han sido prácticamente, porque han traicionado la doctrina de los Papas». Católicos, que, según el orador, en el terreno moral lo son menos que los socialistas, «porque siquiera vosotros —llega a decir—, aunque apartados del dogma, sentís lo fundamental del principio máximo de nuestra moral, que es el amor al prójimo, y en especial al pobre y al obrero, y el que no empieza por dar a éste lo que es de justicia, no puede ejercer la caridad, pues dice el papa que la caridad no puede ser nunca una capa encubridora de las injusticias».

Pildáin, que ha sido escuchado con respetuosa atención por todos —cosa bien rara, y más tratándose de un «cavernícola»—. con alguna muestra de aprobación, y aplausos al final de su peroración en los bancos de los vasconavarros, agrarios radicales, vuelve a pedir a los socialistas españoles que se pongan a la altura de los socialistas europeos; que trasladen el artículo 137 de la Constitución

<sup>60</sup> Pildain confunde *Le Mouvement Socialiste* con *Revolución Socialista*. La revista LMS, editada en París., y dirigida por André Morizet, llevó a cabo en los años 1902 y 1903 esa encuesta. Sobre ella puede verse: Arbeloa, V. M., 1903, *Socialismo y Anticlericalismo*, Madrid, Taurus, 1973. Desgraciadamente no incluí en esa edición las dos respuestas de Kautsky, que cita Pildain, aparecidas en los núms. 109 y 110 de la publicación francesa, sobre «La Iglesia y la burguesía» y «La Iglesia y el proletariado». «Yo creo que para un verdadero socialista —respondía Pablo Iglesias— el enemigo principal no es el clericalismo, sino el capitalismo, que en los presentes momentos históricos aparece esclavizando los pueblos. (...) Excitar al proletariado a que dirija su actividad y su energía *contra los clericales antes que contra los patronos*, es el error más grave que contra de que puedan ser víctimas los que aspiran a terminar con la explotación humana», *Ibidem*, pp. 158-159.

de Weimar al proyecto que se está debatiendo en la Cámara, para una obra de pacificación.<sup>61</sup> Sobre todo en las actuales circunstancias, ante la «mugidora ola anarquista», «que va empujando y haciéndose retirar a la ola socialista»; que lo arrastra todo, y todo lo arrastrará, hasta que quede sólo la Iglesia, «acostumbrada a instruir, a educar, a civilizar, a atraer y enrolar en sus masas a elementos infinitamente más bárbaros que los modernos anarquistas».<sup>62</sup>

A los seis días de ese desafortunado, como se ve, artículo de Zugazagoitia, aparece en el mismo diario socialista un breve editorial, a propósito de otro escrito, igualmente manipulado, del pensador y escritor vasco Ramiro de Maeztu, líder intelectual del partido político Renovación Española y del grupo político-cultural Acción Española, de cuya revista se haría cargo pocos meses después. Se intenta en este nuevo editorial clarificar los conceptos de laicismo y enseñanza religiosa: Los socialistas no se oponen a que los hijos de los católicos reciban formación religiosa en el hogar, en la parroquia o en el curso de la vida. Lo que no quieren es que la escuela se utilice «como medio eficaz de catequesis» no tanto de los hijos de los católicos, «sino de los ajemos».

Maeztu, según su contradictor, se lamentaba, tras citar a varios pensadores y escritores judíos y musulmanes españoles de «otros tiempos», de que «todo esto ese acabó» Y el editorialista le pregunta quién acabó con «esa cultura». Entonces salen a relucir los nombres de Torquemada y Felipe II (¡por Felipe III!). Y recogiendo la acusación del mismo escritor monárquico exclama «¡No vamos a creer también que Isabel la Católica fue una histérica, Felipe II un ultramontano, y san Ignacio, el fanático capitán que le salió a la Iglesia contra la Reforma!». «La escuela laica quiere serlo —argumenta—, pero los padres de familia no quieren que lo sea: aspiran a educar en católico no sólo a sus hijos, sino a los nietos de Maimónides, de Avicena y Averroes, si quedan por ahí. Acabaron con la simiente y ahora piden libertad para hacerles la tierra estéril. ¡Y luego hablan de tolerancia!».<sup>63</sup>

Lo cierto es que Maeztu había escrito otra cosa muy distinta de lo que aquí dice el redactor socialista. En un artículo publicado, el día anterior, en el diario monárquico *ABC*, mencionaba no sólo autores judíos y musulmanes hispanos, sino tras ellos al ilustrado conde de Aranda, a los krausistas, a los kantianos y nietzscheanos que «estuvimos a punto de tener», y hasta incluía «la religión de la cultura», que en su juventud él mismo soñaba. Todo ello como una muestra

<sup>61</sup> Se trata del artículo de la Constitución de Weimar (1919), que proclama la libertad religiosa y la libertad de las Iglesias, consideradas como corporaciones de Derecho público —al menos las que hasta entonces gozaban de ese carácter—, con capacidad de cobrar impuestos...

<sup>62</sup> *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española*, XVIII, núm. 293 (10 de febrero de 1933), pp. 11107-11110.

<sup>63</sup> «Editoriales. Sobre el laicismo y las Congregaciones», *El Socialista*, 18 de febrero de 1933.

de la muy diversa espiritualidad española. Y proseguía: «Todo esto se acabó. En los días actuales hemos de elegir entre la Iglesia y un materialismo “puro y simple”». Lo humillante —continuaba— es que se está llevando el gato al agua «un anticlericalismo de taberna»; no ha mejorado la moral del pueblo con la supresión de la enseñanza religiosa; «ni parece siquiera que los señores laicos tengan la menor idea de la virtud de una prueba. Se trata de gentes convencidas de que Isabel la Católica fue una histérica; Felipe II un obscurantista, San Ignacio, un fanático, y la religión un obstáculo al desenvolvimiento de la vida en estos tiempos de radiolas, aeroplanos y concursos de belleza. Pero, si sus doctrinas valen poco, sus caudillos valen menos todavía».<sup>64</sup>

Como se ve, el artículo del escritor alavés no era el que nos presentó el periodista bilbaíno.

Lo más original de otro breve editorial socialista, titulado genéricamente «Sobre el laicismo», y publicado un día después, son las reflexiones sobre la creación de escuelas laicas y la falta de gratuidad en las escuelas de las congregaciones religiosas. La construcción de escuelas, empresa principal de la República, que hace innecesaria la función docente de los frailes, es una labor «de mayor trascendencia» que la propia ley que les prohíbe la enseñanza, ya que la mayoría de los niños acude a las escuelas de las congregaciones por carencia de alternativa. Que la enseñanza de esas escuelas no es gratuita sino sumamente interesada lo prueba el que frailes y monjas procuran devolver cada niño que les entregan las familias, hecho «un cura o curoide, un jesuita de sotana o de chaqueta», pero es tan mala la eficacia de la pedagogía católica, que «la mayor parte de sus educados sale respirando odio contra el convento».

En el mismo escrito se revuelve el editorialista contra el «peregrino derecho» de la Iglesia a educar a los hijos bautizados de padres casados canónicamente, cuando en la inmensa mayoría de éstos, que luego bautizan a sus hijos, no han dado a esos actos oficiales «mayor trascendencia que la de un expediente». «Mayorías católicas. ¿Católicos de fondo? Si fuera así, tendrían que reconocer los pastores de la Iglesia que no saben guardar ovejas, o que éstas les han hecho traición».<sup>65</sup>

El decisivo artículo 21 del dictamen de la comisión de Justicia, aprobado el 5 de abril (20, de la ley promulgada), establece que «las Iglesias podrán fundar y dirigir establecimientos destinados a la enseñanza de sus respectivas doctrinas y a la formación de sus ministros», y que la inspección del Estado garantizará que dentro de los mismos «no se enseñen doctrinas con fines distintos a los expresados en el párrafo anterior, ni atentatorios a la seguridad de la República».

<sup>64</sup> «Laicos y mudos», por Ramiro de Maeztu, *ABC*, 17 de febrero de 1933; MAEZTU (de), R., *Frente a la República*, ed. Rialp, Madrid, 1956, pp. 207-209.

<sup>65</sup> «Editoriales: Sobre el laicismo», *El Socialista*, 19 de febrero de 1933.

Al otro día de aprobarse dicho artículo en la Cámara, el diario de la editorial católica hace notar el cambio habido entre el texto del proyecto del Gobierno, que escribía «formación de sus miembros» y el dictamen aprobado, que la limita a «sus ministros», mermando todavía más las facultades de la Iglesia y de sus asociaciones docentes. Y lo contrasta con la amplia libertad que disfruta la misma Iglesia para todo tipo de enseñanzas en otros países, donde dirige prestigiosas universidades: Lovaina, Milán, Nimega o Lublín...; incluso en Francia, con «focos culturales» católicos, como París, Lille, Angers y Toulouse, o en Estados Unidos de América, donde la mitad de los centros universitarios está en manos de órdenes y congregaciones católicas. «Sin Religión — resume el editorial— no hay educación moral digna de ese nombre, ni verdaderamente eficaz».<sup>66</sup> Al otro día, en otro editorial remacha algunos de los extremos anteriores y hace un juicio general y contundente de toda la ley, «injusta y anticonstitucional», «desahogo de una pasión de secta». Ley que nace muerta, como se concluye en las últimas líneas: «Y lo que hoy, no el país sino el Gobierno hace, al abrigo de excepcionales circunstancias, no dura más allá que lo que tarde el país, no el Gobierno, en derogarlo».<sup>67</sup>

Por el contrario, el artículo de fondo del órgano del PSOE, tras la aprobación del nuclear artículo 21 del dictamen, aparte de repetir en la parte final lo ya dicho hartas veces sobre la escuela laica, trata más bien en el cuerpo del trabajo acerca de los bienes de las Confesiones —artículos 11-19 en el dictamen de la comisión de Justicia—, que han ocupado el debate de los días anteriores: «La Iglesia, separada del Estado y encauzadas sus actividades por una ley, dejará de ser el ave de rapiña que no se conformaba con el presupuesto y aun extendía sus tentáculos manejando industrias y colocándose por encima del Estado». En un Estado laico toda comunidad religiosa es una sociedad más, y los bienes de esa comunidad religiosa, que los ha utilizado hasta ahora en usufructo, son propiedad del Estado: «A nadie que no sea obispo o un redactor de *El Debate* o algo parecido, se le ocurrirá pensar que esos bienes deben pasar a ser propiedad de la Iglesia». No. Casi todos esos bienes muebles o inmuebles que utilizó hasta aquí, y seguirá utilizándolos, eran del Estado español. Y los que adquirió la Iglesia de su peculio ¿no lo fueron con el dinero del Estado español? (...) Consuélese, pues, la Iglesia pensando que en virtud de circunstancias históricas, halló la mesa puesta y el proselitismo pagado». No es, por tanto, lo legislado ningún «latrocinio», ni «atropello», ni «persecución» de los católicos, como se duele a cada paso la prensa clerical.<sup>68</sup>

<sup>66</sup> «Los derechos docentes de la Iglesia», *El Debate*, 6 de abril de 1933.

<sup>67</sup> «Una ley que nace muerta», *Ibidem*, 7 de abril de 1933.

<sup>68</sup> «La ley de Congregaciones. Un artículo más y unas reflexiones», *El Socialista*., 6 de abril de 1933.

Mayores precisiones y un cierto acercamiento a la esfera espiritual encontramos en un trabajo publicado dos semanas más tarde. La supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas no es, según el editorialista, «un atentado a la integridad de la cultura». No se elimina de la escuela «el estudio de la información religiosa, que tendrá su lugar adecuado en las ciencias históricas, sino la imposición de una doctrina como disciplina formativa de la educación». Por otra parte, las cátedras de religión «no han tendido nunca como fin inmediato a la cultura religiosa, sino a la «captación católica de los fieles, a una misión de catequesis y al cumplimiento de los deberes religiosos» El espíritu laico se declara neutro en la materia y «se encomienda a la conciencia individual de cada uno». Completarían ellos (¿los socialistas?) el laicismo «con una disciplina más; enseñanza de las religiones, esto es, religión comparada, para ilustrar a las conciencias en blanco acerca de todos los caminos que el hombre se ha abierto hacia los desconocido, o, si lo quieren los confesionales, hacia Dios».

Pero ampararse, a fin de defender sus tesis, en el arte es una argucia, y utilizar la historia un abuso. Todas las religiones tienen historia, y «no es necesaria la identidad de credos a los genios ni analizar el arte; antes bien, puede ser un obstáculo de prejuicios y concesiones de antemano». Y trae el ejemplo del interés de los kantianos por Calderón, de Voltaire por Lope, de «gente de sotana» por el judío Fernando de Rojas, o de Pi y Margall por el padre Mariana. No es menester ser islamista para entender la Alhambra o la Giralda, ni estar iniciado en los misterios de Osiris para visitar las Pirámides.<sup>69</sup>

En la sesión parlamentaria del 17 de mayo, en la que se discutía artículo 32, tras votarse con el apoyo de los socialistas y por segunda vez, el uso de la «guillotina», que ellos tanto criticaron sólo unas semanas antes, quedó aprobado el dictamen sobre el proyecto de ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas. Por 278 votos a favor y 50 en contra, de entre 451 diputados que componían la Cámara.

En su sección de cronista, denominada ahora «Desde el escaño», Margarita Nelken lo comenta con no poco gracejo en apuntes como éstos: Gil Robles «rompe a dar alaridos para decir que la opinión pública es monjil, frailuna y sacristanesca». Y después de «la caverna, la supercaverna»; después de «la Prehistoria, el período antediluviano»: el diputado señor ex conde de Rodezno entona un «Miserere». El señor Arranz deja patente que un maurista, llegado el caso, es tan cavernícola como el que más. El señor Balbontín, de la minoría unipersonal, deja claro que es «comunista comunistísimo», y vota en contra del proyecto, que le parece reaccionario. El republicano católico y catalanista, Carrasco y Formiguera, se pone en pie, porque no consiente que otro diputado,

<sup>69</sup> «Editoriales. La enseñanza religiosa», *Ibidem.*, 20 de abril de 1933.

por muy ex conde que sea, se las dé de más «archicatólico» que él. En fin: «Votación definitiva: entramos en el siglo XX».<sup>70</sup>

Una fecha después de esa votación definitiva, *El Debate*, que durante el paso del proyecto por la Cámara ha defendido con ardimiento la doctrina católica sobre las confesiones, las órdenes y las órdenes religiosas, resume en términos vigorosos los errores y atropellos de la ley: «En ella están desconocido el derecho de gentes, violados los derechos individuales, infringidos los derechos de la Constitución definidores de los inherentes al ciudadano, destruidas las garantías con que el propio texto constitucional asegura y ampara un estado de derecho inseparable de la personalidad humana». Es, además, «una agresión a la Iglesia católica», a la que se le hace «de condición jurídica inferior a cualquier herejía que no tenga, si los tiene, sino una docena de creyentes en nuestra Patria. (...) Las logias masónicas pueden ufanarse de su triunfo».

Consecuente con todo ello, el periódico católico-guía propone a los católicos españoles un objetivo principal político: «¡Sepan los católicos! La bandera electoral ha de ser ésta: derogación fulminante de la ley. ¡No lo olviden los católicos! La exigencia electoral ha de ser ésta: compromiso formal de los candidatos de votar sin demora, la derogación de tan injusta ley. ¡Aprendan los católicos los nombres de quienes la han votado! Ni uno de ellos debe volver al Parlamento».<sup>71</sup>

Se publicaba asimismo en el mismo número la lista de países que prohíben la enseñanza de las órdenes y congregaciones católicas: Rusia, Méjico, Honduras, Guatemala y España. Prohíben la de los jesuitas: Noruega y Suiza. Un suelto, titulado «La Masonería, servida», recoge algunos textos de la Masonería francesa y española (Gran Logia), de los años 1927, 1928 y 1931, pidiendo la expulsión de los jesuitas y de las órdenes religiosas y el establecimiento de la escuela laica.

Por el contrario, *El Socialista* pondera, fechas más tarde, la contribución de su grupo parlamentario a la aprobación de la ley: los 110 diputados votaron como un solo hombre (aunque da la cifra errónea de 240 votos, que fueron los obtenidos en la votación de la guillotina) esta ley «fundamental», a la que se opusieron agrarios, vasconavarros y otros, «favorecidos» a ratos por las minorías republicanas de oposición, que por fin la votaron, excepto unos pocos radical-socialistas, separados de su partido [y algunos federales], opuestos a la guillotina o por estimar la ley poco radical. El Gobierno ha ganado, según el vocero socialista, «una de sus batallas más duras y estimables».<sup>72</sup>

<sup>70</sup> «Desde el escaño: Hermanos, morir «habemus» (¡Por fin, ya lo sabemos!)», *Ibidem.*, 18 de mayo de 1933.

<sup>71</sup> «Hasta las próximas elecciones», *El Debate*, 18 de mayo de 1933. El día 19, el periódico de la calle Alfonso XI publicaba la lista de esos nombres: «Diputados que votaron contra la conciencia nacional».

<sup>72</sup> «Nota política. Dentro y fuera del Parlamento», *El Socialista*, 28 de mayo de 1933.

Aun después de aprobada, la llamada ley de Congregaciones iba a dar mucho que hablar. El meollo de un artículo publicado el último día del mes, colocado en el centro de la primera página del órgano del partido socialista, es que se les antojan «pueriles» las cábalas y acertijos en torno a la misma: desde la condena que le hace Miguel Maura, «con su acostumbrada intemperancia», a una vida breve y precaria, hasta la esperanza de «comentaristas interesados», imprudentes e irrespetuosos, que esperan que el jefe del Estado la devuelva a las Cortes o espere a que se apruebe antes la ley del Tribunal de Garantías Constitucionales, para someterle la de Congregaciones. Pero ésta, según el periódico de Carranza, retrasada por culpa de la obstrucción de todas las oposiciones, tiene el asenso de una mayoría abrumadora, y si hay alguna en que «la coincidencia de republicanos y socialistas sea casi absoluta», es ella. Mas, por encima de todo, y sea cual sea la suerte de los próximos Gobiernos, la voluntad popular todavía no ha olvidado que la República es «obra revolucionaria en lo político, en lo religioso y el económico. Si hay alguien que lo olvida, peor para él».<sup>73</sup>

En fin, todavía quedaba fuelle para retornar al tópico de las congregaciones y de su ideal pedagógico, haciendo de nuevo pie en el mentor primero de la derecha monárquica española, Ramiro de Maeztu, ya director de la revista *Acción Española*, que mostraba en otro de sus trabajos,<sup>74</sup> y según la versión del diario socialista, su deseo de «reverdecer la antigua gloria de las congregaciones» y hacer que sean lo que un día fueron: «criaderos inagotables de héroes, de sabios y de santos». No está de acuerdo el autor —posiblemente Zugazagoitia—, ni mucho menos, con esa exaltación del siglo de oro, que lo entiende por el siglo xvii, «el más analfabeto», ignorante y decadente en todas sus clases sociales, exceptuada una minoría que podía estudiar en Salamanca o en Alcalá; carente, además, a pesar del optimismo de Menéndez y Pelayo, de toda ciencia de la investigación, cuyo inicio habrá que esperar hasta el reinado de Carlos III. Denigrado así nuestro siglo de oro, tras un erudito viaje por su mapa literario y social, denigrado queda también Maeztu, a quien se la guarda el director socialista: un «neo», defensor de la finalidad trascendente de la vida, al que un día se le va a ver «haciendo el penitente por la calle»; «que reniega de todo su abolengo de civilización y se encuentra en su última consecuencia ya descivilizado», aunque seguramente piense con eso «acreditar las Órdenes religiosas y dar un golpe al marxismo». «Estas memeces —concluye— se cotizan por lo visto y hasta dan fama de sabios. De sabios de Congregación».<sup>75</sup>

Maeztu comienza el artículo haciendo el elogio de la vida sacrificada de los religiosos y religiosas educadores: «Viven mal, comen mal, se visten

<sup>73</sup> «Cábalas y acertijos. En torno a la ley de Congregaciones», *Ibidem.*, 31 de mayo de 1933.

<sup>74</sup> «Los religiosos», por Ramiro de Maeztu, *ABC*, 7 de junio de 1934.

<sup>75</sup> «Editoriales. Ideal pedagógico de las Congregaciones», *Ibidem.*, 8 de junio de 1933.

pobrementemente». Si los obreros conocieran bien cómo viven y trabajan los educadores de sus hijos, «desaparecería automáticamente cuanto queda de anticlericalismo en las Casas del Pueblo». Hasta llega a comparar su vida material más que con la de los obreros, con la de «los carcelarios condenados a trabajos forzados».

Lo que no niega el escritor alavés en el diario monárquico, en el que habitualmente colabora, son los defectos de la educación de los colegios religiosos, pero lo atribuye a la falta de acuerdo de las «dos sociedades perfectas», la Iglesia y el Estado, que siguen cada una independientemente su camino: planes de estudio, examinadores, libros de texto... Eso ha de terminar pronto «con la reconciliación inevitable de las dos sociedades». Porque, si la Iglesia ha de santificar y hasta sacramentar todas las actividades seculares, «éstas han de ordenarse para su fin, que es el sobrenatural». Lo que llama la «nueva Edad Media», que «empieza a vislumbrarse», para afinar y engrandecer los espíritus «en la necesaria tarea de asimilar para sus fines religiosos toda la ciencia y toda la técnica acumulada en estos siglos».

Pero mientras dura el antagonismo de la Iglesia y del Estado, «tiempos de contradicción e incertidumbre», es una bendición haber encontrado una muchedumbre de religiosas y religiosos, que se sacrifican por la educación de nuestros hijos. El día en que los padres de familia se dieran cuanta más clara de ese sacrificio, sólo soportable por la fe, «se ensancharía de tal modo la gratitud, que de todos los pechos fluirían torrentes de caridad, que transformarían de arriba abajo la vida española, hasta reverdecer su antigua gloria y hacer que fueran sus colegios secundarios y superiores lo que en el siglo de Oro: criaderos inagotables de héroes, de sabios y de santos».

#### EL MÚLTIPLE ANTICLERICALISMO-ANTIECLESIALISMO

Vayamos por partes, y comencemos por los puntos más generales para ir descendiendo hacia los extremos más concretos, a fin de que lo circunstancial y anecdótico no nos oscurezca lo esencial.

**A.**— «El espíritu religioso es respetable y con la idea de Dios nadie se mete», escribe el editorialista del rotativo del PSOE, a mediados de agosto. Contesta al «campechano» diputado agrario por Valladolid, de cuya universidad es catedrático, Antonio Royo Villanova, que apela para defender la religión a la religiosidad de personajes como Jaurès, Taine o nuestro Gumersindo de Azcárate. La aspiración suprema de los hombres — se le replica, de acuerdo con Feuerbach — tiende a vivir más allá de la tumba, «y piensa que el camino es una constante depuración de los atributos más nobles de la Humanidad. Así se llega a las cumbres de la filosofía, a las de la bondad, y se persigue el resplandor de la verdad

eterna. Eso es la religión y puede hallarse dentro de cada credo». En cambio, la religión, «según la entienden casi todos los que la exteriorizan», es «un refugio de preocupaciones y egoísmos», lo mismo para «la beata ciega, sincera e ignorante», que para el escéptico vividor dominante, y para quienes se cuidan de conservar «todas las vetusteces jurídicas y sociales».

Claro que, con esa vieja definición de la Vulgata anticlerical, añadido yo ahora, es demasiado fácil contraponer «los belicosos curas conspiradores» a san Francisco de Asís o «los grandes negocios del capitalismo católico» a «las meditaciones de san Jerónimo en el desierto».<sup>76</sup>

¿Pero es cierto que «con la idea de Dios nadie se mete»? Cinco días antes, otro editorial parece decir algo distinto. Comenta el vocero socialista la afirmación del «diario de los jesuitas» de que la organización fascista finlandesa «Lapo» ha sido una reacción contra la sociedad de los «Sin Dios» del mismo país, subvencionada por Moscú, y replica, irónico, que en Finlandia, como en Alemania o España los «Sin Dios» son «una minoría insignificante», no porque no haya ateos, sino porque éstos «distribuyen su faena proselitista de mejor modo». El verdadero ateo no necesita constituirse miembro de ninguna agrupación de «Sin Dios» para realizar, si lo estima oportuno, propaganda anti-religiosa. «Es más práctico imbuir a la gente las esencias de la concepción materialista de la Historia». Seguro que la mayoría de los miembros de «Lupo» ignoran la existencia de los «Sin Dios» de su país. Lo que no ignoran es que en la vecina Rusia se está edificando «con heroico esfuerzo» el socialismo, y que la vecindad con la Unión Soviética es un gran peligro para los propietarios finlandeses. El fascismo no se produce contra los «Sin Dios», sino contra los revolucionarios, «que, si acaso enfocan el problema religioso, lo harán después de apoderarse del Estado». Entonces, sí es oportuno colgar de las paredes la frase de Marx: «La religión es el opio del pueblo».<sup>77</sup>

Aunque no nos dice exactamente qué se entiende por tal.

**B.**— De la religión en general, al centro de la religión cristiana, que es Jesús de Nazaret. Pocos socialistas hasta entonces dejaron de considerar a Jesús, en su vertiente humana, una persona casi intangible, modelo de vida y de acción, casi siempre contrapuesto a los que se llamaban sus discípulos y seguidores en la Iglesia oficial. Veamos cuál es ahora el tratamiento.

El punto de partida del editorial «El Jesús de ellos solos», parece ser, por lo que veremos enseguida, la decisión del ayuntamiento de Bilbao de retirar la imagen pública del Corazón de Jesús.

<sup>76</sup> «Editoriales. La religión», *Ibidem.*, 17 de agosto de 1933.

<sup>77</sup> «Editoriales. Las células inocuas de los sin Dios», *Ibidem.*, 12 de agosto de 1933.

Veamos, pues, en primer lugar lo escrito con motivo de esta polémica para entender mejor el artículo más de fondo, que es un testimonio singular en la literatura socialista sobre la figura del Maestro de Nazaret.

El monumento emplazado en la plaza de Bélgica —hoy día, plaza del Sagrado Corazón de Jesús—, erigido en 1903 por iniciativa de la obra jesuítica Apostolado de la Oración, levantó entonces una verdadera tormenta anticlerical. Pero en aquellos días los republicanos y socialistas, que en 1933 son mayoría, eran sólo una minoría municipal frente a la mayoría nacionalista vasca y monárquica, que ahora, en minoría, combaten la decisión, mientras Acción Nacionalista Vasca (ANV) se abstiene.

El editorialista afirma que los socialistas se niegan a reconocer en ese símbolo, que tiene su cuna en la Compañía de Jesús, al cristo (*sic*) de la cruz, «que acostumbra a ablandar la pluma y la voz de los ateos». Porque, mientras, «el corazón de Jesús ha crispado muchos puños, el de la cruz —pueden verlo en cualquiera de sus clásicas representaciones, Velázquez, Cano, Berruguete—, no. Son distintos. El uno alude al Gólgota y el otro es peto de una milicia poderosa que no duda en maltratarlo estéticamente». Y aun reconociendo que el monumento de Bilbao fue hijo de un concurso internacional, «pero no limpio de toda asistencia artística», lleva un significado hostil no sólo al espíritu liberal, sino también al republicano y laico del tiempo.

«El Jesús alfeñicado del corazón, muy propio para la puericia artística de las beatas, es impronta, huella de una orden imperiosa, dura de reducir, que no se resigna a perder la batalla y muchísimo menos en Bilbao, donde arraigó —por razones eminentemente económicas— con fuerza particular». Y no bastándoles su dominio al modo solapado habitual, «idearon lo del monumento, descomunal y agresivo, para humillación de disidentes. (...) Es un modo de combatir. Es una manera de dar mate al adversario». Con lo que la polémica sobre el monumento se vuelve sobre todo contra los que lo patrocinaron.<sup>78</sup>

Tras este editorial tan agrio llega, a los cuatro días, otro editorial mucho más positivo y doctrinal, que me recuerda algunos acentos vehementes de aquel joven cristiano católico, nacionalista vasco, y luego socialista y fundador de las Juventudes Socialistas, el bilbaíno Tomás Meabe (1879-1915), de quien escribió el también bilbaíno Julián Zugazagoitia, joven socialista desde 1914, el libro *Una vida humilde*, con motivo del traslado de sus restos de Madrid a Bilbao, en 1925. Muchas de las protestas y quejas de este trabajo me evocan aquellos trenos de Tomás.<sup>79</sup>

<sup>78</sup> «Editoriales. Una decisión del ayuntamiento de Bilbao», *Ibidem.*, 10 de febrero de 1933.

<sup>79</sup> Puede verse mi «Noticia de Tomás Meabe», como prólogo a Meabe, T., *Fábulas del errabundo*, 1975, ed. ZYX, Madrid, pp. 5-39.

La cosa es que, según este segundo socialista bilbaíno, heredero del primero, los católicos han utilizado «de bandera» al Jesús de Galilea y le han impuesto al adversario político como símbolo de una «política cristiana», no una política que fuera de Cristo sino «la de los intereses terrenales de los cristianos, lo cual es muy distinto»; que tales intereses detrás de Cristo son «como el diablo detrás de la cruz. Ni Cristo ni su cruz pudieron jamás venir a menos». No se les alcanza, frente a la crítica de las ultraderechas, «hacer una República a la medida justamente de sus enemigos a ultranza», pero, en cambio, sí conciben que Cristo tuviera «la amplitud evangélica suficiente para que nadie le repugnará». De modo muy distinto, la mayoría de los católicos españoles y de quienes los guían y manejan han conseguido hacer de Cristo «un Cristo para ellos solos: un Cristo plutócrata, rubio; de ademanes y túnica verticalmente estatuarios, al gusto jesuita francés, reñido en todos esos detalles de caracterización, con el tipo que dan de sí el fondo evangélico y la raza judía».

Y otro tanto en el peso espiritual. «¿Qué significa Jesucristo entronizado en una Casa de banca, en una Sociedad por acciones, en una empresa anónima para la explotación de cualquier género de consumo?». Ese Jesús convencional no es precisamente «el de los humildes, el descalzo predicador de las llanuras y colina galileas, el ayunador del desierto, el juez de la mujer adúltera, el ingrátido que andaba sobre el mar, el que sólo una vez perdió la calma y tomó la ira. Y ello para arrojar del templo a todos los mercachifles, usureros, explotadores del trabajo ajeno, que deshonraban la casa de Dios». No es por tanto un Jesús para el pueblo: «Es un Jesús de clase, un Jesús particular, que, por ser así, ha perdido la universalidad de Cristo». Han llevado «ese Cristo dictatorial» a los ayuntamientos, a las escuelas, a los centros públicos, que son de todos, convirtiéndolo «en el trágala de la política cristiana de esos cristianos «plutócratas y reaccionarios». No tienen, pues, derecho a lamentarse porque el pueblo vaya contra ese signo. Pero el pueblo no va precisamente contra Jesús, sino «contra la huella clerical y jesuítica, que hace de la religión y de sus signos más respetables un escudo de su clase y de su egoísmo».

«Recurrir al aspaviento y tocar la cuerda sentimental no es lícito — termina diciendo el editorial —. La culpa es suya. ¿Por qué han metido a Jesús en estas trapisondas? ¿Por qué lo han mezclado y hecho cómplice de su desenfreno reaccionario? ¿Por qué, sobre todo, se han hecho un Cristo exclusivo para sus privilegios? Pero, ya que lo hicieron y lo trataron de imponer, sufran con calma que, en las horas contrarias, se lo elimine el adversario. El adversario que es el pueblo».<sup>80</sup>

<sup>80</sup> «Editoriales. El Jesús de ellos solos», *Ibidem.*, 14 de febrero de 1933.

Otro artículo directamente relacionado con el Cristo, en este período de tiempo, es el titulado, «Jesucristo ante la Ciencia», que aparece en primera página, fuera de los editoriales que van siempre en la tercera, y dentro de la sección habitual «Retintín», sin firma, encomendada al joven periodista asturiano Santiago Carrillo.<sup>81</sup> El título responde al de la conferencia en la catedral de Nuestra Señoras de la Almudena de Madrid, dada por el famoso jesuita vasco P. Laburu, orador sagrado de campanillas en aquel tiempo. No es que el autor del artículo le haya oído, devoto o curioso, en el templo madrileño, sino que tan sólo comenta otro artículo publicado en el diario monárquico alfonsino, *ABC*, que relatava dicha conferencia cuaresmal.

El caso es que el orador catedralicio llevó bajo el brazo las obras de Renan y con ellas «aporreó» —esta es la jocosa expresión de Carrillo— a sus «asustados feligreses». Luego planteó sus tesis en estos términos: «Cristo ha dicho que es hijo de Dios. O él se engañó y mintió, o quiso engañar, y en este caso Cristo no sería nunca lo que la escuela racionalista pregona, sino un mentecato, un paranoico o un falsario. Pero como no era ninguna de estas cosas, Cristo era Dios». Peligrosa le parece a Carrillo esa manea de argumentar, que en otros tiempos le habría merecido a su expositor el fuego de la Inquisición. Porque el dilema entre la estupidez y la divinidad es difícil. Dilucidar esta cuestión en el púlpito no lo era tanto hace unos cuantos años, cuando toda la ciencia estaba... en el púlpito. Pero ahora, si, por ejemplo, el P. Laburu, en lugar de fortalecer su sermón con las contradicciones y errores del racionalismo, hubiera acudido ante sus feligreses con el testimonio de los médicos, su éxito hubiera sido indiscutible. Pero no lo hizo, porque no podía hacerlo, y en ese «nuevo Tribunal» que le formó a Cristo en el templo catedralicio, el dilema entre estupidez o divinidad no quedó resuelto, y «acaso —termina el redactor socialista— martirice y torture nuestro cerebro, sin encontrarle salida. Probablemente no la tiene. Probablemente no existe el dilema y nos encontramos ante una misma cosa. Si así fuera, estrecharíamos las manos del padre Laburu».<sup>82</sup>

¿Por el triunfo del racionalismo?, me pregunto yo.

C.— De la Iglesia ya hemos leído discurrir al órgano socialista a propósito de la ley de las confesiones y congregaciones religiosas y hemos visto la negra síntesis histórica que resultó. Importa eso mucho más que todos los juicios sobre otros puntos menores y más concretos, que aparecen con frecuencia durante

<sup>81</sup> Santiago Carrillo Solares (Gijón, 1905), hijo del dirigente socialista Wenceslao Carrillo, era en ese momento secretario de actas de la Federación de Juventudes Socialistas de España y redactor de su revista oficial *Renovación*, de la que pronto se haría cargo oficialmente. Fue un hombre clave en la deriva de las Juventudes y de buena parte del partido hacia la bolchevización del mismo en los años 1933 y 1934.

<sup>82</sup> «Editoriales. Jesucristo ante la Ciencia», *Ibidem.*, 26 de marzo de 1933.

todo este año clave de 1933. Quedémonos sólo con unos juicios sobre el papa, los obispos, los católicos españoles y el clero en general.

«La tristeza de Pío XI» es una buena rúbrica para llamar la atención del lector. ¿Por qué está triste el papa? El editorialista de la calle Carranza reproduce unas palabras del pontífice, sin decirnos ni cómo ni dónde ni cuándo, en las que afirmaba que España «ha tenido un pasado triste, tiene un presente triste y le espera una porvenir amenazador», pidiendo a los fieles del mundo que rezasen por España. El periódico atribuye sin duda tales palabras, ya descontadas, a que España «se sacude la tutela eclesiástica y ha disuelto la Compañía de Jesús».<sup>83</sup> Además, si nuestro país confirma, como todo hace esperar, el rumbo izquierdista de la República, «cierto que la tristeza de los que pretenden dominar a España mediante el pretexto religioso tiene un fundamento para el porvenir».

Para el editorialista la visión del papa es «puramente subjetiva» y por lo tanto «partidista». «Tristeza política, ruina de soberanía». Porque España ya no es un Estado católico, aquél, cuyo rey Alfonso XIII, guiado por Primo de Rivera, besó la sandalia en homenaje a Pío XI, como representante del Estado súbdito que era. Los Estados, incluso el de la silla de san Pedro —«falta saber si Pedro tuvo jamás silla en la que sentarse»—, tienen momentos de altura y decadencia, ni el poder temporal es inmutable.

Los socialistas, en cambio, no están tristes, y les parece bien que los católicos españoles cumplan alegremente sus deberes de fieles católicos. «Una sola cosa que rectificar al papa: el Estado español no ha levantado bandera contra Dios: la Compañía de Jesús padece de megalomanía, aunque divina y todo. Tenga cuidado en este mal, que, al fin, fue el de Luzbel».

Y en cuanto a la afirmación del pasado triste de España, se la brindan a los tradicionalistas, que pregonan cada día que a España la hicieron gloriosa el altar y el trono. ¿Qué tristeza es esa? Y aquí entran todos los tópicos que han servido de argumento al clásico anticlericalismo español de los siglos XIX y XX: «Pensamos —concluye el editorial— en la tristeza que viene desde Tomás de Torquemada hasta el padre Nozaleda; desde la expulsión de los judíos hasta la pérdida de Filipinas, con el fusilamiento de Rizal. A través de toda la influencia y el mangoneo clerical, de los reyes hechizados como Carlos II, de las reinas en manos de monja milagrera, como Isabel II. ¿Es ese nuestro pasado triste? Pues, en esto, de acuerdo con Pío XI. Le (*sic*) brindamos la afirmación a los cavernarios de todas las cavernas».<sup>84</sup>

<sup>83</sup> El 24 de enero de 1932, fue publicado en *La Gaceta de Madrid* el decreto de la disolución de la Compañía de Jesús.

<sup>84</sup> «Editoriales. La tristeza de Pío XI», *Ibidem.*, 21 de febrero de 1933.

Pero el papa Pío XI no dijo lo que el editorialista escribe que dijo. Una vez más. Fue el domingo 19 de febrero de 1933, en el aula consistorial del Vaticano, donde se leyeron el decreto para la beatificación de la venerable italiana Gelma Galgani y el de los milagros de la propuesta de beatificación del venerable jesuita español José María Pignatelli. El padre general de los jesuitas, el polaco Ledokowski, leyó el mensaje de homenaje y devoción realzando las luchas sostenidas por el venerable jesuita aragonés durante la revolución francesa y las guerras napoleónicas, calificándole como un verdadero restaurador de la Compañía de Jesús.

Después de él, el pontífice romano, al hablar de los dos futuros santos es cuando exclamó: «Qué tristes recuerdos, que tristes semejanzas y qué retornos en un país que tiene tantas páginas gloriosas en su Historia. ¡Pobre España, por la cual pedimos plegarias a todo el mundo, y especialmente en la vigilia de este Año Santo!». Presentó el papa a Pignatelli como un modelo para las almas y tuvo también un recuerdo para la pobre Rusia y «la vida de martirios» de muchos creyentes, «más grande aún que el martirio existente en Méjico, donde la devastación espiritual continúa corroyendo». Tras lo cual, volvió Pío XI sobre España: «Para la pobre España, tan próxima no sólo ene el espacio, sino en nuestro corazón, ¡cuántas cosas tristes en el pasado máximo, en el doloroso presente y cuántas amenazas para el porvenir». Y acabó su intervención apuntando a las «sectas tenebrosas y los enemigos descubiertos, negadores de Dios», que «minan la base de la vida cristiana y alzan bandera entre Dios y sin Dios».<sup>85</sup>

A mediados de febrero, al día siguiente del editorial publicado sobre la mentada decisión del ayuntamiento en Bilbao, el rótulo de uno nuevo es lo más llamativo posible: «Obispos, estudiantes y fanáticos».

Se hace mención esta vez del obispo de Barcelona [Mons. Manuel Irurita Almandoz], quien «públicamente declaraba su enemiga al régimen y aconsejaba la resistencia con motivo del proyecto de ley sobre Congregaciones religiosas que están discutiendo las Cortes». Y de unos estudiantes tradicionalistas, que con el mismo pretexto han promovido unas algaradas que provocaron la reacción inmediata de los estudiantes no confesionales. También se dice que en Bilbao elementos católicos y nacionalistas despliegan una extraordinaria actividad en sentido de protesta contra el acuerdo adoptado por el ayuntamiento de retirar el monumento al Sagrado Corazón.

Tras reiterar el argumento principal del día anterior, no se sorprenden de que los católicos no aplaudan «una política que tiende a cercenar sus privilegios tradicionales», o de no se sumen a ella «los mismos que van a sufrir

---

<sup>85</sup> *El Debate*, «Pío XI habla de España», 21 de febrero de 1933.

perjuicio o ven cercenado su poderío». Eso sería absurdo. Pero no lo es, ni mucho menos, pedir acatamiento a la ley. Bien está que en el parlamento y en los municipios defiendan sus posiciones, como lo hicieron hasta ahora. Pero una cosa es eso y otra que un obispo, en carta pastoral, o un párroco desde el púlpito «exciten a sus fieles —que antes que fieles son ciudadanos— a rebelión contra el Gobierno y contra las leyes». Y qué decir de esos estudiantes que apalean en grupo, rompen utensilios y profanan con sus excesos los mismos lugares que debieran respetar? Ya es bien sabido que la tolerancia no se conjuga bien con «la psicología especialísima de nuestros católicos, conformada al predominio brutal que tuvieron hasta hoy en la vida social de España. No comprenden la verdad más que para negarla. Ni reconocen la ley más que cuando les favorece».

Habrà, pues —concluye el editorial—, que redoblar la firmeza para llevar adelante la tarea nacional que el régimen está cumpliendo. Bueno fuera contar con la discreción de los católicos, pero si ella falla, a los servidores de la República no les va a faltar «perseverancia y energía, si fuera menester». La ley es para todos, y cuando hay alguien que no la acepta de buen grado, el deber primordial del poder público es «imponerla con los recursos que el propio ejercicio del poder otorga».<sup>86</sup>

Sobre obispos vuelve a hablar Carrillo en su sección humorada «Retintín» esta vez en la octava y última página del periódico socialista. Bromea con la mayor dificultad que tiene ahora el papa, aparte su quehacer de redactar «encíclicas furibundas contra la República»,<sup>87</sup> para nombrar obispos en España, menester que antes le facilitaba la real casa, «que improvisaba los obispos con la misma inefable sencillez del milagro». Ahora acaba de investir al doctor Isidro Gomá con el cargo de arzobispo de Toledo,<sup>88</sup> que es también administrador apostólico de Tudela y de Tarazona. El autor, poco conocedor del derecho canónico, cree que son nuevos nombramientos —«tres mitras»—, cuando el nuevo arzobispo retiene sólo provisionalmente la administración de la que fue su sede hasta esa promoción arzobispal toledana. Por eso habla socarronamente de «la más agobiadora colección de mitras, episcopales, mobiliario místico capaz de atribular a cualquiera», sobre todo dada la distancia entre ellas, y hasta le tilda de acaparador. Si las derechas fueran consecuentes —continúa la chanza— solicitarían para él la ley de incompatibilidades, pero cuando topan con la Iglesia, «se rinden sin reservas». Acaso el precedente les sirva en

<sup>86</sup> «Editoriales. Obispos, estudiantes y fanáticos, *Ibidem.*, 11 de febrero de 1933.

<sup>87</sup> Alude a la encíclica de Pío XI, *Dilectissima Nobis*, de 3 de junio de 1933, que denuncia la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas, recién aprobada en las Cortes, y contra toda la legislación laicista de la Segunda República.

<sup>88</sup> Mons. Isidro Gomá fue preconizado arzobispo de Toledo el 12 de abril de 1933 y no tomó posesión de la sede primada de Toledo hasta el 2 de julio del mismo año.

un posible Gobierno derechista para derogar esa ley. La Iglesia, previsora, les allana el camino: «¡Tres mitras para una sola cabeza! La verdad es que al doctor Gomá lo estiran demasiado».<sup>89</sup>

Cuando, en fin, del clero en general se trata, la distinción entre el clero alto y el clero bajo o rural es un lugar común en la tradición anticlerical socialista. Así, hablando de la colecta por el culto y clero, celebrada a comienzos de enero de 1933, el editorialista socialista hace votos por una equitativa distribución de la misma, porque llegue «a los curas de aldea, que son el proletariado de la clase», y cuya situación era ya miserable antes de la separación de la Iglesia y el Estado.

Justifica las diferentes desamortizaciones y recuerda el diezmo de los frutos y las primicias de los mismos que en otro tiempo se entregaban a la Iglesia, lo que hoy exigiría una traducción apropiada a una nueva contribución. Y sugiere a continuación, adelantándose por cierto a varios de los sistemas de financiación posteriores en varios países europeos, que un motivo de las relaciones del Estado con la Iglesia y los fieles «fuera ese tipo de contribución piadosa, como otro también la atención a las necesidades del clero pobre».

Quisieran, por otra parte, que la colecta fuese «un verdadero producto de la fe, más que de la pasión política o del fervor sectario», porque al lado de las comunidades ricas están las miserables, y junto a la ostentación de los obispos, la miseria de los curas rurales. Claro que tradicionalmente, han sido más las grandes donaciones y las herencias cuantiosas que las aportaciones diluidas de la masa de los fieles. Por eso no creen «en las aportaciones del pueblo». Varias poblaciones ya no tienen cura, porque no pueden pagarlo: «Se pone la fe a cotización y no la alcanza». Se ve que el sentimiento religioso no tiene, por el momento al menos, expresión económica.<sup>90</sup>

De todos modos, esta preferencia y hasta simpatía por el clero rural estuvo totalmente ausente en *El Socialista* y en el partido en general durante el debate del proyecto de ley de los haberes pasivos del clero —dos tercios del salario anterior para solos los párrocos de más de cuarenta años, que antes ocupasen plazas en parroquias de menos de 3.000 almas—, que tuvo en las Cortes una cerril oposición del grupo socialista, ya muy disminuido tras las elecciones legislativas de noviembre-diciembre de 1933, durante los meses de marzo y abril de 1934.<sup>91</sup>

---

<sup>89</sup> «Retintín. Tres mitras en una cabeza», *Ibidem.*, 22 de junio de 1933.

<sup>90</sup> «Editoriales. La colecta del clero», *Ibidem.*, 11 de enero de 1933.

<sup>91</sup> *Esglesia i Estat...* IV, 1ª i 2ª part, 1986, pp. 29-33; 58-130.

## BIBLIOGRAFÍA

1971, 1976, 1981 y 1986. Arxiu Vidal i Barraquer. *Església i Estat durant la Segona República Espanyola, 1931-1936*, volúmenes I, II, III-1, III-2, IV-1, IV-2 y IV-3, Textos en Lengua original. Edició a cura de M. Batllori i V. M. Arbeloa. Monestir de Montserrat.

Cueva Merino, Julio de la. 2009. «Hacia la República laica: proyectos secularizados para el Estado republicano». *Laicismo y Catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República: 17-46*, Julio de la Cueva y Feliciano Montero (editores). Universidad de Alcalá: Servicio de Publicaciones.

Montero García, Feliciano. 2009. «La Acción Católica, Ángel Herrera y la Asociación Católica de Propagandistas», *Laicismo y Catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República: 159-179*, Julio de la Cueva y Feliciano Montero (editores). Universidad de Alcalá: Servicio de Publicaciones.

Robles Muñoz, Cristóbal. 2009, «El Vaticano, el nuncio y los obispos españoles ante la República de abril de 1931», *Laicismo y Catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República: 129-158*, Julio de la Cueva y Feliciano Montero (editores). Universidad de Alcalá: Servicio de Publicaciones.